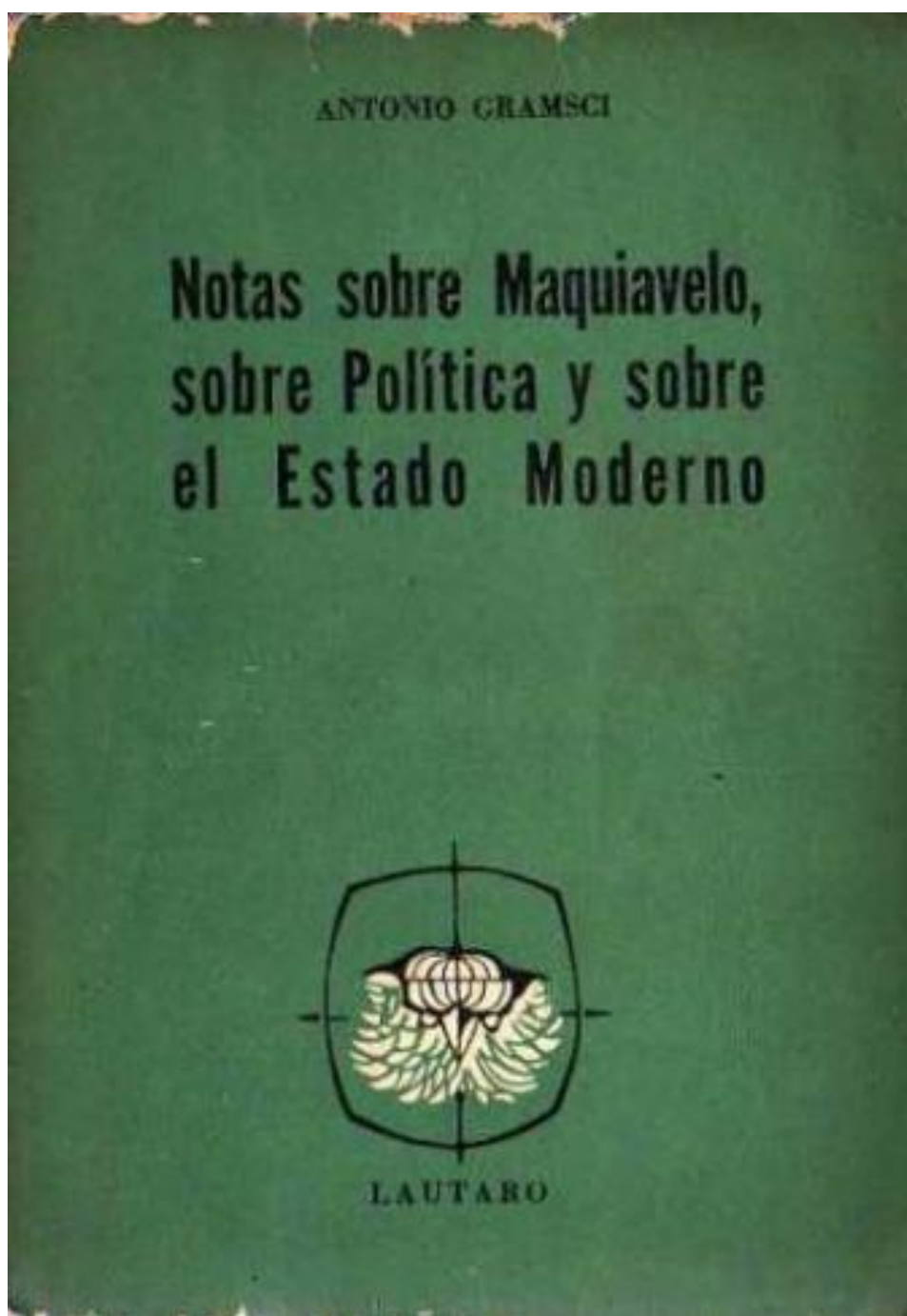


SEMINARI DE LECTURA: GRAMSCI I LA UNITAT POPULAR

4^a sessió.

Textos dels Quaderns 13 i 15

Maquiavel, la política, el Príncep Modern,



Índex

QP13 § <1> Notes breus sobre la política de Maquiavel	3
QP 13 § <3> Maquiavel i record del passat de Roma	8
QP13 § <7> Qüestió de l' "home col·lectiu" o del "conformisme social"	8
QP 13 § <16> Sobre realisme i no tenir perspectiva més enllà del nas	10
QP 13 § <17> Anàlisi de las situacions: relacions de força.	11
QP 13 § <18> Alguns aspectes teòrics i pràctics de l' "economicisme"	19
QP 13 § <23> Observacions sobre alguns aspectes de l'estructura dels partits polítics en períodes de crisi orgànica	27
QP 13 § <24> A propòsit de les confrontacions entre els conceptes de guerra de maniobres i de guerra de posicions	32
QP 13 § <27> El cesarisme.	34
QP 13 § <33> Sobre el concepte de partit polític.	37
QP 13 § <36> Sobre la burocràcia	38
QP 15 § <4 > Maquiavel. Elements de política	41
QP 15 § <11 > Maquiavel. El concepte de revolució passiva.	44
QP 15 § <15 > Maquiavel. La relació "revolució passiva-guerra de posicions	47
QP 15 § <17 > Maquiavel. El concepte de revolució passiva.	48
QP 15 § <25 >. Més sobre revolució passiva.	49
QP 15 § <55 > Una de les manifestacions més típiques del pensament sectari	49
QP 15 § <59> Risorgimento italià. La funció del Piemont en el Risorgimento italià es la d'una "classe dirigent".	50
QP 15 § <62>Passat i present. El tema de la revolució passiva com interpretació de l'època del Risorgimento y de tota època complexa de canvis històrics.	52

Notes de lectura:

- 1.- Ha estat difícil triar els textos més significatius d'aquest Quaderns. Segur que també hi ha un nombre de planes superior al temps del que disposem. O sigui, llegiu-los tots a casa i triarem entre tots aquells que ens semblin més important.
- 2.- Els títols que he posat en a l'índex per a indicar el tema del que tracta cada paràgraf, son en alguns casos els que va posar Gramsci, i en d'altres un breu resum de la primera frase del paràgraf feta per mi.
- 3.- Podeu observar la llista de conceptes polítics forts que sortiran en aquesta sessió de lectura: el paper del mite en la política, la crítica del concepte sorelià de mite, el partit com a "modern príncep", la formació d'una voluntat col·lectiva nacional-popular, la reforma moral-intel·lectual, conformisme social, realisme i falta de visió global, la crítica de la proposta de revolució permanent, anàlisi de situacions i relacions de força, economicisme, els partits polítics, guerra de posicions, guerra de moviments, la burocràcia, revolució passiva, el pensament sectari, un territori com a classe dirigent d'un procés de construcció nacional...
- 4.- O sigui, col·legues, estem entrant en el nucli dels Quaderns, bona lectura, molta atenció, prioritzem els temes principals...

Joan Tafalla, 8 novembre 2013

Cuaderno 13 (XXX) 1932-1934

Notas breves sobre la política de Maquiavelo

§ <1> La característica fundamental del *Príncipe* es la de no ser un tratado sistemático sino un libro “vivo”, en el que la ideología política y la ciencia política se fusionan en la forma dramática del “mito”. Entre la utopía y el tratado escolástico, las formas en que la ciencia política se configuraba hasta antes de Maquiavelo, dieron a su concepción la forma fantástica y artística, por la que el elemento doctrinal y racional se encarna en un *condottiero*, que representa plástica y “antropomórficamente” el símbolo de la “voluntad colectiva”. El proceso de formación de una determinada voluntad colectiva, para un determinado fin político, es representado no a través de disquisiciones y clasificaciones pedantes de principios y criterios de un método de acción, sino como cualidades, rasgos característicos, deberes, necesidades de una persona concreta, lo que hace actuar la fantasía artística de quien se quiere convencer y da una forma más concreta a las pasiones políticas. (Habría que buscar en los escritores políticos anteriores a Maquiavelo si existen escritos configurados como el *Príncipe*. También la conclusión del *Príncipe* está vinculada a este carácter “mítico” del libro: después de haber representado al *condottiero* ideal, Maquiavelo, con un pasaje de gran eficacia artística, invoca al *condottiero* real que históricamente lo personifica: esta invocación apasionada se refleja en todo el libro confiriéndole precisamente su carácter dramático. En los *Prolegómenos* de L. Russo se le llama a Maquiavelo el artista de la política y una vez se halla incluso la expresión “mito”, pero no precisamente en el sentido antes indicado).¹

El *Príncipe* de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del “mito” soreliano, o sea de una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como doctrinario raciocinio, sino como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva. El carácter utópico del *Príncipe* está en el hecho de que el “príncipe” no existía en la realidad histórica, no se le presentaba al pueblo italiano con características inmediatamente objetivas, sino que era una pura abstracción doctrinaria, el símbolo del jefe, del *condottiero* ideal; pero los elementos pasionales, míticos, contenidos en todo el breve volumen, con tono dramático de gran efecto, se resumen y cobran vida en la conclusión, en la invoca-

ción de un príncipe “realmente existente”. En todo el libro Maquiavelo trata de cómo debe ser el Príncipe para conducir a un pueblo a la fundación del nuevo Estado, y el tratamiento se conduce con rigor lógico, con desapego científico: en las conclusiones, Maquiavelo mismo se hace pueblo, se confunde con el pueblo, pero no con un pueblo “genéricamente” entendido, sino con el pueblo al que Maquiavelo ha convencido con su tratado precedente, del que él se vuelve y se siente conciencia y expresión, se siente idéntico: parece que todo el trabajo “lógico” no es más que una autorreflexión del pueblo, un razonamiento interno, que se hace en la conciencia popular y que tiene su conclusión en un grito apasionado, inmediato. La pasión, de razonamiento sobre sí misma, se reconvierte en “afecto”, fiebre, fanatismo de acción. He ahí por qué el epílogo del *Príncipe* no es algo extrínseco, “pegado” desde fuera, retórico, sino que debe ser explicado como elemento necesario de la obra, incluso como el elemento que refleja su verdadera luz sobre la obra y hace de ella como un “manifiesto político”.

^{1a} Se puede estudiar cómo Sorel, de la concepción de la ideología no llegó a la comprensión del partido político, sino que se detuvo en la concepción del sindicato profesional. Es cierto que para Sorel el “mito” no encontraba su expresión mayor en el sindicato, como organización de una voluntad colectiva ya operante, acción práctica, cuya realización máxima habría debido ser la huelga general, o sea una “actividad pasiva” por así decirlo, de carácter negativo y preliminar (el carácter positivo sólo es dado por el acuerdo alcanzado en las voluntades asociadas) de una actividad que no prevé su propia fase “activa y constructiva”. En Sorel, pues, se combatían dos necesidades: la del mito y la de la crítica del mito en cuanto que “todo plan preestablecido es utópico y reaccionario”. La solución era abandonada al impulso de lo irracional, de lo “arbitrario” (en el sentido bergsonianos de “impulso vital”) o sea de la “espontaneidad”. (Habría que señalar aquí una contradicción implícita en el modo como Croce plantea su problema de historia y antihistoria con otros modos de pensar de Croce: su aversión a los “partidos políticos” y su modo de plantear la cuestión de la “previsibilidad” de los hechos sociales, cfr. *Conversazioni Critiche*, primera serie, pp. 150-52, reseña del libro de Ludovico Limentani, *La previsione dei fatti sociali*, Turín, Bocca, 1907;² si los hechos sociales son imprevisibles y el mismo concepto de previsión es una palabra hueca, lo irracional no puede dejar de dominar y toda organización de hombres es antihistoria, es un “prejuicio”: no queda más que resolver, según se presenten y con criterios inmediatos, los problemas prácticos individuales planteados por el desarrollo histórico –cfr. artículo de Croce, “Il partito come giudizio e come pregiudizio”, en *Cultura e Vita morale*–³ y el oportu-

nismo es la única línea política posible). ¿Puede sin embargo un mito ser “no-constructivo”, puede imaginarse, en el orden de intuiciones de Sorel, que sea productivo de efectividad un instrumento que deja a la voluntad colectiva en su fase primitiva y elemental de su simple formarse, por distinción (por “escisión”) aunque sea con violencia, o sea destruyendo las relaciones morales y jurídicas existentes? Pero esta voluntad colectiva, así formada elementalmente, ¿no dejará inmediatamente de existir, desperdigándose en una infinidad de voluntades individuales que para la fase positiva siguen direcciones distintas y contrastantes? Además de la cuestión de que no puede haber destrucción, negación, sin una implícita construcción, afirmación,⁴ y no en sentido “metafísico”, sino prácticamente, o sea políticamente, como programa de partido. En este caso se ve que se supone detrás de la espontaneidad un puro mecanicismo, detrás de la libertad (arbitrio-impulso vital) un máximo de determinismo, detrás del idealismo un materialismo absoluto.

El moderno príncipe, el mito-príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto, puede ser solamente un organismo; un elemento de sociedad complejo en el cual ya tiene principio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo es dado ya por el desarrollo histórico y es el partido político, la primera célula en que se agrupan gérmenes de voluntad colectiva que tienden a hacerse universales y totales. En el mundo moderno sólo una acción histórico-política inmediata e inminente, caracterizada por la necesidad de un procedimiento rápido y fulminante, puede encarnarse míticamente en un individuo concreto: la rapidez no puede hacerse necesaria más que por un gran peligro inminente, gran peligro que crea fulminantemente el encendimiento de las pasiones y del fanatismo, aniquilando el sentido crítico y la corrosividad irónica que pueden destruir el carácter “carismático” del *condottiero* (lo que le ha sucedido en la aventura de Boulanger). Pero una acción inmediata de tal género, por su misma naturaleza, no puede ser de vasto alcance y de carácter orgánico: será casi siempre del tipo restauración y reorganización y no del tipo adecuado para la fundación de nuevos Estados y nuevas estructuras nacionales^a y sociales (como era el caso en el *Príncipe* de Maquiavelo, en el que el aspecto de restauración era sólo un elemento retórico, o sea ligado al concepto literario de la Italia descendiente de Roma y que debía restaurar el orden y el poder de Roma), de tipo “defensivo” y no creativo original, en el cual se supone que una voluntad colectiva, ya existente, se ha debilitado, dispersado, ha sufrido un colapso peligroso y amenazante pero no decisivo y catastrófico y hay que reconcen-

^a En el manuscrito: “naciones”.

trarla y robustecerla, y no ya que una voluntad colectiva deba ser creada ex novo, originalmente, y orientarla hacia metas concretas y racionales, sí, pero de una concreción y racionalidad todavía no realizadas y criticadas por una experiencia histórica real y universalmente conocida.

El carácter “abstracto” de la concepción soreliana del “mito” se muestra en la aversión (que adopta la forma pasional de una repugnancia ética) por los *jacobinos* que ciertamente fueron una “encarnación categórica” del Príncipe de Maquiavelo. El moderno *Príncipe* debe tener una parte dedicada al *jacobinismo* (en el significado integral que esta noción ha tenido históricamente y debe tener conceptualmente), como ejemplificación de cómo se ha formado en concreto y cómo ha actuado una voluntad colectiva que al menos en algunos aspectos fue creación ex novo, original. Y es preciso que se defina la voluntad colectiva y la voluntad política en general en el sentido moderno, la voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un real y efectivo drama histórico.

Una de las primeras partes debería precisamente estar dedicada a la “voluntad colectiva”, planteando así la cuestión: ¿cuándo se puede decir que existen las condiciones para que pueda suscitarse y desarrollarse una voluntad colectiva nacional-popular? De ahí un análisis histórico (económico) de la estructura social del país dado y una representación “dramática” de los intentos realizados a través de los siglos para suscitar esta voluntad y las razones de los sucesivos fracasos. ¿Por qué en Italia no se dio la monarquía absoluta en tiempos de Maquiavelo? Hay que remontarse hasta el Imperio Romano (cuestión de la lengua, de los intelectuales, etcétera), comprender la función de las Comunas medievales, el significado del catolicismo, etcétera: en suma, hay que hacer un esbozo de toda la historia italiana, sintético pero exacto.

La razón de los sucesivos fracasos de los intentos de crear una voluntad colectiva nacional-popular debe buscarse en la existencia de determinados grupos sociales, que se forman desde la disolución de la burguesía comunal, en el carácter particular de otros grupos que reflejan la función internacional de Italia como sede de la Iglesia y depositaria del Sacro Imperio Romano, etcétera. Esta función y la posición consiguiente determina una situación interna que se puede llamar “económico-corporativa”, esto es, políticamente, la peor de las formas de sociedad feudal, la forma menos progresista y más estancada: faltó siempre, y no podía constituirse, una fuerza *jacobina* eficiente, la fuerza que, precisamente, en las otras naciones suscitó y organizó la voluntad colectiva nacional-popular y fundó los Estados modernos. ¿Existen finalmente las condiciones para esta voluntad, o sea, cuál es la relación actual entre estas condiciones y las fuerzas opuestas? Tradicionalmente las fuerzas opuestas han sido la aristocra-

cia terrateniente y más generalmente la propiedad de la tierra en su conjunto, con su rasgo característico italiano de que es una "burguesía rural" especial, herencia de parasitismo dejada a los tiempos modernos por la destrucción, como clase, de la burguesía comunal (las cien ciudades, las ciudades del silencio). Las condiciones positivas deben buscarse en la existencia de grupos sociales urbanos, convenientemente desarrollados en el campo de la producción industrial y que hayan alcanzado un determinado nivel de cultura histórico-política. Ninguna formación de voluntad colectiva nacional-popular es posible si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Eso pretendía Maquiavelo a través de la reforma de la milicia, eso hicieron los jacobinos en la Revolución francesa, en esta comprensión debe identificarse un jacobinismo precoz de Maquiavelo, el germen (más o menos fecundo) de su concepción de la revolución nacional. Toda la historia desde 1815 en adelante muestra el esfuerzo de las clases tradicionales para impedir la formación de una voluntad colectiva de este género, para mantener el poder "económico-corporativo" en un sistema internacional de equilibrio pasivo.

Una parte importante del moderno Príncipe deberá ser dedicada a la cuestión de una reforma intelectual y moral, o sea a la cuestión religiosa o de una concepción del mundo. También en este campo encontramos en la tradición ausencia de jacobinismo y miedo al jacobinismo (la última expresión filosófica de tal miedo es la actitud maltusiana de B. Croce con respecto a la religión). El moderno Príncipe debe y no puede dejar de ser el pregonero y organizador de una reforma intelectual y moral, lo que además significa crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna.

Estos dos puntos fundamentales –formación de una voluntad colectiva nacional-popular de la que el moderno Príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante, y reforma intelectual y moral– deberían constituir la estructura del trabajo. Los puntos concretos de programa deben ser incorporados en la primera parte, o sea que deberían derivar "dramáticamente" del discurso, no ser una fría y pedante exposición de raciocinios.

¿Puede haber reforma cultural y, por lo tanto, elevación civil de los estratos deprimidos de la sociedad, sin una previa reforma económica y un cambio en la posición social y en el mundo económico? Por eso una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, incluso el programa de reforma económica es precisamente el modo concreto en que se presenta toda reforma intelectual y moral. El moderno Príncipe, desarrollándose, trastorna todo el sistema de re-

laciones intelectuales y morales en cuanto que su desarrollo significa precisamente que todo acto es concebido como útil o dañino, como virtuoso o perverso, sólo en cuanto que tiene como punto de referencia al moderno Príncipe mismo y sirve para incrementar su poder o para obstaculizarlo. El Príncipe toma el lugar, en las conciencias, de la divinidad o del imperativo categórico, se convierte en la base de un laicismo moderno y de una completa laicización de toda la vida y de todas las relaciones habituales.

QP 13 § <3>

§ <3> Además de en el modelo ejemplar de las grandes monarquías absolutas de Francia y España, Maquiavelo encontró el origen de su concepción política de la *necesidad* de un Estado unitario italiano en el recuerdo del pasado de Roma. Hay que hacer resaltar sin embargo que no por eso Maquiavelo debe confundirse con la tradición literaria-retórica. Primero porque este elemento no es exclusivo y ni siquiera dominante, y la necesidad de un gran Estado nacional no es deducida de aquél, y luego también porque el mismo remitirse a Roma es menos abstracto de lo que parece, si se sitúa puntualmente en el clima del Humanismo y del Renacimiento. En el libro VII del *Arte della guerra* se lee: “esta provincia (Italia) parece nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, en la pintura y en la escultura”,¹ ¿por qué, pues, no habría de revivir las virtudes militares?, etcétera. Habrá que reagrupar las otras alusiones del género para establecer su carácter exacto.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), p. 17 bis.

QP13 § <7>

§ <7> Cuestión del “hombre colectivo” o del “conformismo social”. Misión educativa y formativa del Estado, que tiene siempre el fin de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, de adecuar la “civilización” y la moralidad de las masas populares más vastas a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción, y por lo tanto de elaborar incluso físicamente tipos nuevos de humanidad. ¿Pero cómo logrará cada individuo aislado incorporarse al hombre colectivo, y cómo se producirá la presión educativa sobre los individuos obteniendo su consenso y colaboración, haciendo que se conviertan en “libertad” la necesi-

dad y la coacción? Cuestión del “derecho”, concepto que deberá ser ampliado, incluyendo en él también aquellas actividades que hoy caen bajo la fórmula de “indiferente jurídico” y que son el dominio de la sociedad civil que opera sin “sanciones” y sin “obligaciones” taxativas, pero que no por ello deja de ejercer una presión colectiva y obtiene resultados objetivos de elaboración en las costumbres, en los modos de pensar y de actuar, en la moral, etcétera.

Concepto político de la llamada “revolución permanente” surgido antes de 1848, como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 hasta el Termidor.¹ La fórmula es propia de un periodo histórico en el que no existían todavía los grandes partidos políticos de masas ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, por así decirlo, en un estado de fluidez en muchos aspectos: mayor atraso en las zonas rurales y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o incluso en una sola (París para Francia), aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto a la actividad estatal, determinado sistema de las fuerzas militares y del armamento nacional, mayor autonomía de las economías nacionales respecto a las relaciones económicas del mercado mundial, etcétera. En el periodo posterior a 1870, con la expansión colonial europea, todos estos elementos cambian, las relaciones organizativas internas e internacionales del Estado se vuelven más globales y masivas y la fórmula del 48 de la “revolución permanente” es elaborada y superada en la ciencia política en la fórmula de “hegemonía civil”. Sucede en el arte político lo que sucede en el arte militar: la guerra de movimientos se vuelve cada vez más guerra de posiciones y se puede decir que un Estado gana una guerra en cuanto que la prepara minuciosa y técnicamente en época de paz. La estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las “trincheras” y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: hacen solamente “parcial” el elemento del movimiento que antes era “toda” la guerra, etcétera.

La cuestión se presenta para los Estados modernos, no para los países atrasados y para las colonias, donde aún están vigentes las formas que en otras partes han sido superadas y se han vuelto anacrónicas. Incluso la cuestión del valor de las ideologías (como se puede deducir de la polémica Malagodi-Croce)² —con las observaciones de Croce sobre el “mito” sorreliano, que se pueden revertir contra la “pasión”—³ debe ser estudiada en un tratado de ciencia política.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), p. 20.

QP 13 § <16>

§ <16> El “demasiado” (y por lo tanto superficial y mecánico) realismo político conduce a menudo a afirmar que el hombre de Estado debe operar sólo en el ámbito de la “realidad efectiva”, no interesarse en el “deber ser”, sino sólo en el “ser”. Esto significaría que el hombre de Estado no debe tener perspectivas más allá de su nariz. Este error ha conducido a Paolo Treves a encontrar en Guicciardini y no en Maquiavelo el “verdadero político”.¹ Hay que distinguir, además de entre “diplomático” y “político”, también entre científico de la política y político en acción. El diplomático no puede dejar de moverse sólo en la realidad efectiva, porque su actividad específica no es la de crear nuevos equilibrios, sino la de conservar dentro de ciertos cuadros jurídicos un equilibrio existente. Así, también el científico debe moverse sólo en la realidad efectiva en cuanto que mero científico. Pero Maquiavelo no es un mero científico; él es un hombre de partido, de pasiones poderosas, un político en acción, que quiere crear nuevas relaciones de fuerza y por eso no puede dejar de ocuparse del “deber ser”, ciertamente no entendido en sentido moralista. La cuestión no debe, por lo tanto, plantearse en estos términos, es más compleja: se trata de ver si el “deber ser” es un acto arbitrario o necesario, es voluntad concreta, o veleidad, deseo, amor a la fantasía. El político en acción es un creador, un suscitador, pero 1 ni crea de la nada, ni se mueve en el vacío turbio de sus deseos y sueños. Se funda en la realidad efectiva, ¿pero

7^a

¿qué cosa es esta realidad efectiva? ¿Es acaso algo estático e inmóvil o no es más bien una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, basándose en aquella determinada fuerza que se considera progresista, y potenciándola para hacerla triunfar y moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla (o contribuir a ello). El “deber ser” es por lo tanto concreción, incluso es la única interpretación realista e historicista de la realidad, es la única historia en acción y filosofía en acción, la única política. La oposición Savonarola-Maquiavelo no es la oposición entre ser y deber ser (todo el párrafo de Russo sobre este punto es pura palabrería)² sino entre dos deber ser, el abstracto y nebuloso de Savonarola y el realista de Maquiavelo, realista aunque no se convierta en realidad inmediata, porque no se puede esperar que un individuo o un libro cambien la realidad sino sólo que la interpreten e indiquen la línea posible de la acción. El límite y la angustia de Maquiavelo consisten sólo en haber sido una “persona privada”, un escritor y no el jefe de un Estado o de un ejército, que es también una persona individual, pero que tiene a su disposición las fuerzas de un Estado o de un ejército y no sólo ejércitos de palabras. Tampoco puede por eso decirse que Maquiavelo haya sido también él un “profeta desarmado”: sería hacer un humorismo demasiado barato. Maquiavelo no dijo nunca que pensara o se propusiera por sí mismo cambiar la realidad, sino sólo y concretamente mostrar cómo deberían operar las fuerzas históricas para ser eficientes.

Cfr. *Cuaderno 8* (XXVIII), pp. 27 bis-28.

§ <17> *Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza.* Es el problema de las relaciones entre estructura y superestructura el que hay que plantear exactamente y resolver para llegar a un justo análisis de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y determinar su relación. Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1] el de que ninguna sociedad se impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o que éstas no estén al menos en vías de aparición y de desarrollo; 2] y el de que ninguna sociedad se disuelve y puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones (controlar la exacta enunciación de estos dos principios).

“Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.” [Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política.*]¹

De la reflexión sobre estos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Mientras que

en el estudio de una estructura hay que distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar de coyuntura (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura son ciertamente dependientes, también ellos, de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran alcance histórico: éstos dan lugar a una crítica política menuda, cotidiana, que afecta a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social, que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un periodo histórico se revela la gran importancia de esta distinción. Tiene lugar una crisis, que en ocasiones se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (han llegado a su madurez) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas operantes positivamente para la conservación y defensa de la estructura misma se esfuerzan todavía por sanar dentro de ciertos límites y por superarse. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (porque ninguna forma social querrá nunca confesar haber sido superada) forman el terreno de lo "ocasional" sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que en último análisis sólo se consigue y es "verdadera" si se convierte en nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que inmediatamente se desarrolla en una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etcétera, cuya concreción es evaluable por la medida en que resultan convincentes y transforman el alineamiento preexistente de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por lo tanto deban ser resueltas históricamente (deban, porque todo incumplimiento del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves).

El error en que se cae a menudo en los análisis histórico-políticos consiste en no saber encontrar la justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: se llega así o a exponer como inmediatamente operantes causas que por el contrario son operantes mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas causas eficientes; en un caso se tiene el exceso de "economismo" o de doctrinarismo pedante, en el otro el exceso de "ideologismo"; en un caso se sobrevaloran las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual. (La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos de "coyuntura" u ocasionales debe ser aplicada a todos los tipos de situación, no sólo a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo regresivo o de cri-

sis aguda, sino a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo progresista o de prosperidad y a aquéllos en los que tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas.) El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y por lo tanto de investigación difícilmente se establece con exactitud, y si el error es grave en la historiografía, aún más grave resulta en el arte político, cuando se trata no de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y futura: los propios deseos y las propias pasiones inferiores e inmediatas son la causa del error, en cuanto que substituyen el análisis objetivo e imparcial y ello sucede no como “medio” consciente para estimular a la acción, sino como autoengaño. La serpiente, también en este caso, muerde al charlatán, o sea que el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

[El no haber considerado el momento inmediato de las “relaciones de fuerza” está vinculado a residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual el sindicalismo es una manifestación que creía ser más avanzada mientras que realmente daba un paso atrás. De hecho la concepción liberal vulgar, dando importancia a la relación de las fuerzas políticas organizadas en las diversas formas de partido (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organización de masas de los partidos y los sindicatos en sentido estricto), era más avanzada que el sindicalismo que daba importancia primordial a la relación fundamental económico-social y sólo a ésta. La concepción liberal vulgar tomaba implícitamente en cuenta también tal relación (como se desprende de tantos indicios), pero insistía más en la relación de las fuerzas políticas que era una expresión de la otra y en realidad la contenía. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden rastrear en toda una serie de tratados que se dicen vinculados a la filosofía de la praxis y han dado lugar a formas infantiles de optimismo y de necesidad.]

Estos criterios metodológicos pueden adquirir visible y didácticamente todo su significado si se aplican al examen de hechos históricos concretos. Sería posible hacerlo útilmente para los sucesos que tuvieron lugar en Francia desde 1789 hasta 1870. Me parece que para mayor claridad de la exposición sería necesario abarcar todo este periodo. En efecto, sólo en 1870-71, con el intento de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, o sea que no sólo la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que derrota también a los grupos novísimos que declaran ya superada la nueva estructura surgida de la transformación iniciada en 1789 y demuestra así ser vital tanto con respecto a lo viejo como con respecto a lo novísimo. Por otra parte, con el 1870-71, pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica

política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados ideológicamente en torno al 48 (aquellos que se resumen en la fórmula de la “revolución permanente”: sería interesante estudiar cuánto de esa fórmula pasó a la estrategia mazziniana –por ejemplo para la insurrección de Milán de 1853– y si esto sucedió conscientemente o no). Un elemento que demuestra la justeza de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están para nada de acuerdo (y es imposible que lo estén) en cuanto a establecer los límites de aquel grupo de acontecimientos que constituye la revolución francesa. Para algunos (por ejemplo Salvemini)³ la revolución se completa en Valmy: Francia ha creado un nuevo Estado y ha sabido organizar la fuerza político-militar que afirma y defiende su soberanía territorial. Para otros la revolución continúa hasta el Termidor, incluso hablan de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución en sí misma, etcétera, cfr. la *Rivoluzione francese* de A. Mathiez en la colección Colin).⁴ El modo de interpretar el Termidor y la obra de Napoleón ofrece las más agudas contradicciones: ¿se trata de revolución o de contrarrevolución?, etcétera. Para otros la historia de la revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 e incluso hasta la guerra mundial de 1914.

En todos estos puntos de vista hay una parte de verdad. Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan después de 1789 encuentran su resolución relativa sólo con la tercera república y Francia tiene 60 años de vida política equilibrada después de 80 años de trastornos en oleadas cada vez más largas: 89-94-99-1804-1815-1830-1848-1870. Es precisamente el estudio de estas “oleadas” de diversa oscilación lo que permite reconstruir las relaciones entre estructura y superestructura por una parte y por la otra entre el desarrollo del movimiento orgánico y el del movimiento de coyuntura de la estructura. Se puede decir entre tanto que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de esta nota se puede encontrar en la fórmula político-histórica de revolución permanente.

Un aspecto del mismo problema es la llamada cuestión de las relaciones de fuerza. Se lee a menudo en las narraciones históricas la expresión genérica: relaciones de fuerza favorables, desfavorables a esta o aquella tendencia. Así, abstractamente, esta formulación no explica nada o casi nada, porque no se hace más que repetir el hecho que se debe explicar presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico consiste pues en dar un canon de investigación e interpretación como “causa histórica”.

Primeramente en la “relación de fuerza” hay que distinguir diversos momentos o grados, que fundamentalmente son éstos:

1] Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructu-

ra, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se tienen los agrupamientos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición dada en la producción misma. Esta relación es la que es, una realidad rebelde: nadie puede modificar el número de las empresas y de sus empleados, el número de las ciudades con su correspondiente población urbana, etcétera. Este planteamiento fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de practicabilidad de las diversas ideologías que han nacido en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que aquélla ha generado durante su desarrollo.

2] Un momento subsiguiente es la relación de las fuerzas políticas, o sea la evaluación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales. Este momento puede ser a su vez analizado y distinguido en varios grados, que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva, tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etcétera, pero el comerciante no se siente todavía solidario con el fabricante; o sea que se siente la unidad homogénea, y el deber de organizarla, del grupo profesional, pero todavía no del grupo social más vasto. Un segundo momento es aquél en el que se alcanza la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía sólo en el campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de alcanzar una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, porque se reivindica el derecho de participación en la legislación y en la administración y tal vez incluso de modificarlas, de reformarlas, pero en los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquél en el que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados. Ésta es la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en "partido", entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de

fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierva la lucha no en el plano corporativo sino en un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo. En la historia real estos momentos se implican recíprocamente, por así decirlo horizontalmente y verticalmente, o sea según las actividades económico-sociales (horizontales) y según los territorios (verticalmente), combinándose y escindiéndose diversamente: cada una de estas combinaciones puede ser representada por su propia expresión organizada económica y política. Con todo, hay que tener en cuenta que a estas relaciones internas de un Estado-nación se entretajan las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología, nacida en un país más desarrollado, se difunde a países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones. (La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente de tales combinaciones ideológico-políticas nacionales e internacionales, y con la religión las otras formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los judíos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de origen histórico diverso y los hacen triunfar en determinados países, funcionando como partido político internacional que opera en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas; pero religión, masonería, Rotary, judíos, etcétera, pueden entrar en la categoría social de los "intelectuales", cuya función, a escala internacional, es la de mediar los extremos, la de "socializar" los hallazgos técnicos que hacen funcionar toda actividad de dirección, la de imaginar compromisos y vías de escape entre las soluciones extremas.) Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica aún más por la existencia en el interior de cada Estado de numerosas secciones territoriales de diversa estructura y de diversa relación de fuerza en todos los grados (así la Vendée estaba aliada con las fuerzas internacionales reaccionarias y las representaba en

el seno de la unidad territorial francesa; así Lion en la Revolución francesa representaba un nudo particular de relaciones, etcétera).

3] El tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, inmediatamente decisivo en cada ocasión. (El desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo.) Pero tampoco éste es algo indistinto e identificable inmediatamente en forma esquemática; también en éste se pueden distinguir dos grados: el militar en sentido estricto o técnico-militar y el grado que se puede llamar político-militar. En el desarrollo de la historia estos dos grados se han presentado en una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico que puede servir como demostración-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que trata de alcanzar su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar, y de hecho tal tipo de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto la independencia no podrá ser alcanzada con fuerzas puramente militares, sino militares y político-militares. Si la nación oprimida, en efecto, para iniciar la lucha de independencia tuviera que esperar a que el Estado hegemónico le permita organizar su propio ejército en el sentido estricto y técnico de la palabra, tendría que aguardar buen rato (puede suceder que la reivindicación de tener su propio ejército sea satisfecha por la nación hegemónica, pero esto significa que ya una gran parte de la lucha ha sido librada y ganada en el terreno político-militar). La nación oprimida opondrá pues inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza que es sólo "político-militar", o sea que opondrá una forma de acción política que tenga la virtud de determinar reflejos de carácter militar en el sentido de que: 1] tenga la eficacia de disgregar íntimamente la eficiencia bélica de la nación hegemónica; 2] que obligue a la fuerza militar hegemónica a diluirse y diseminarse en un gran territorio, anulando gran parte de su eficacia bélica. En el *Risorgimento* italiano se puede notar la ausencia desastrosa de una dirección político-militar, especialmente en el Partido de Acción (por congénita incapacidad), pero también en el partido piamontés-moderado tanto antes como después de 1848, ciertamente no por incapacidad sino por "maltusianismo económico-político", o sea porque no se quería ni siquiera aludir a la posibilidad de una reforma agraria y porque no se quería la convocación de una asamblea nacional constituyente, sino que solamente se tendía a que la monarquía piamontesa, sin condiciones o limitaciones de origen popular, se extendiera a toda Italia, con la pura sanción de plebiscitos regionales.

Otra cuestión vinculada a las anteriores es la de ver si las crisis históricas fundamentales son determinadas inmediatamente por las crisis eco-

nómicas. La respuesta a la cuestión está contenida implícitamente en los párrafos precedentes, donde <son> tratadas cuestiones que son otro modo de presentar ésta que se trata ahora, sin embargo siempre es necesario, por razones didácticas, dado el público particular, examinar todo modo de presentación de una misma cuestión como si fuese un problema independiente y nuevo. Se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por lo demás, todas las afirmaciones que conciernen a los periodos de crisis o de prosperidad pueden dar lugar a juicios unilaterales. En su compendio de historia de la revolución francesa (ed. Colin) Mathiez, oponiéndose a la historia vulgar tradicional, que apriorísticamente “encuentra” una crisis de coincidencia con las grandes rupturas de equilibrios sociales, afirma que hacia 1789 la situación económica era bastante buena en lo inmediato, por lo que no se puede decir que la catástrofe del Estado absoluto fuese debida a una crisis de empobrecimiento (cfr. la afirmación exacta de Mathiez).⁵ Hay que observar que el Estado era víctima de una mortal crisis financiera y se planteaba la cuestión de sobre en cuál de los tres órdenes sociales privilegiados debían recaer los sacrificios y las cargas para sacar adelante las finanzas estatales y reales. Además: si la posición económica de la burguesía era próspera, ciertamente no era buena la situación de las clases populares de las ciudades y de las zonas rurales, especialmente la de estas últimas, atormentadas por la miseria endémica. En todo caso, la ruptura del equilibrio de las fuerzas no se produjo por causas mecánicas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tenía interés en romper el equilibrio y que de hecho lo rompió, sino que ocurrió en el cuadro de conflictos superiores al mundo económico inmediato, vinculados al “prestigio” de clase (intereses económicos futuros), a una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerza en sus diversos grados. Pueden producirse novedades bien sea porque una situación de bienestar está amenazada por el desnudo egoísmo de un grupo adversario, como porque el malestar se ha vuelto intolerable y no se ve en la vieja sociedad ninguna fuerza que sea capaz de mitigarlo y restablecer una normalidad con medios legales. Se puede decir por lo tanto que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerza, en cuyo terreno tiene lugar el paso de éstas a relaciones políticas de fuerza para culminar en la

relación militar decisiva. Si falta este proceso de desarrollo de un momento a otro, y éste es esencialmente un proceso que tiene por actores a los hombres y la voluntad y capacidad de los hombres, la situación permanece inactiva, y pueden darse conclusiones contradictorias: la vieja sociedad resiste y se asegura un periodo de "respiro", exterminando físicamente a la élite adversaria y aterrorizando a las masas de reserva, o bien incluso la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los sepulcros, acaso bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

10ª Pero la observación más importante que debe hacerse a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerza es ésta: que tales análisis no pueden y no deben ser fines en sí mismos (a menos que no se escriba un capítulo de historia del pasado) sino que adquieren un significado sólo si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de voluntad. | Éstos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia, dónde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada más fructuosamente, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede organizar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las multitudes, etcétera. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y dispuesta con tiempo que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que tal fuerza exista y esté llena de ardor combativo); por eso la tarea esencial es la de ocuparse sistemática y pacientemente en formar, desarrollar, hacer cada vez más homogénea, compacta, consciente de sí misma a esta fuerza. Así se ve en la historia militar y en el cuidado con que en todo tiempo han sido preparados los ejércitos para iniciar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados son grandes Estados precisamente porque en todo momento estaban preparados para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas eran tales porque existía la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

QP 13 § <18>

§ <18> *Algunos aspectos teóricos y prácticos del "economismo".* Economismo-movimiento teórico por el librecambio-sindicalismo teórico. Debe verse en qué medida el sindicalismo teórico tuvo su origen en la filosofía de la praxis y en qué medida en las doctrinas económicas del librecambio, esto es, en último análisis, en el liberalismo. Y por ello debe verse si el economismo, en su forma más lograda, no es una filiación directa del liberalismo y ha tenido, incluso en sus orígenes, muy pocas relaciones con la filosofía de

la praxis, relaciones de todos modos sólo extrínsecas y puramente verbales. Desde este punto de vista debe verse la polémica Einaudi-Croce, provocada por el nuevo prefacio (de 1917) al libro sobre el *Materialismo storico*.¹ la exigencia, planteada por Einaudi, de tener en cuenta la literatura de historia económica suscitada por la economía clásica inglesa, puede ser satisfecha en este sentido, que tal literatura, por una contaminación superficial con la filosofía de la praxis, ha originado el economismo; por eso cuando Einaudi critica (de manera, a decir verdad, imprecisa) algunas degeneraciones economistas no hace otra cosa que escupir al cielo. El nexo entre ideologías librecambistas y sindicalismo teórico es especialmente evidente en Italia, donde son notorias la admiración por Pareto de los sindicalistas como Lanzillo y compañía. El significado de estas dos tendencias es sin embargo muy distinto: el primero es propio de un grupo social dominante y dirigente, el segundo de un grupo todavía subalterno, que aún no ha adquirido conciencia de su fuerza y de sus posibilidades y modos de desarrollo y por ello no sabe salir de la fase de primitivismo. El planteamiento del movimiento del librecambio se basa en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil identificar: en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción metodológica es convertida en distinción orgánica y presentada como tal. Así se afirma que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación. Pero como en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican, hay que establecer que también el librecambismo es una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coactiva: es un hecho de voluntad consciente de sus propios fines y no la expresión espontánea, automática del hecho económico. Por lo tanto, el librecambismo es un programa político, destinado a cambiar, en cuanto triunfa, el personal dirigente de un Estado y el programa económico del Estado mismo, o sea a cambiar la distribución de la renta nacional. Diferente es el caso del sindicalismo teórico, en la medida en que se refiere a un grupo subalterno, al cual con esta teoría se le impide llegar a ser dominante, desarrollarse más allá de la fase económico-corporativa para elevarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y dominante en el Estado. Por lo que respecta al librecambismo se tiene el caso de una fracción del grupo dirigente que quiere modificar no la estructura del Estado, sino sólo la orientación del gobierno, que quiere reformar la legislación comercial y sólo indirectamente industrial (porque es innegable que el proteccionismo, especialmente en los países de mercado pobre y restringido, limita la libertad de iniciativa industrial y favorece morbosamente el nacimiento de los monopolios): se trata de la rotación de los partidos dirigentes en el gobierno, no de la fundación y organización de una nueva so-

11

ciudad política y mucho menos de un nuevo tipo de sociedad civil. En el movimiento del sindicalismo teórico la cuestión se presenta más compleja: es innegable que en éste la independencia y la autonomía del grupo subalterno que se dice expresar son por el contrario sacrificadas a la hegemonía intelectual del grupo dominante, porque precisamente el sindicalismo teórico no es más que un aspecto del librecambismo, justificado con algunas afirmaciones mutiladas, y por lo tanto trivializadas, de la filosofía de la praxis. ¿Por qué y cómo tiene lugar este “sacrificio”? Se excluye la transformación del grupo subordinado en dominante, o porque el problema ni siquiera se ha proyectado (fabianismo, De Man, parte notable del laborismo) o porque es presentado en formas incongruentes e ineficientes (tendencias socialdemocráticas en general) o porque se afirma el salto inmediato del régimen de grupos al de la perfecta igualdad y de la economía sindical.

Es por lo menos extraña la actitud del economismo frente a las expresiones de voluntad, de acción y de iniciativa política e intelectual, como si éstas no fuesen una emanación orgánica de necesidades económicas e incluso la única expresión eficiente de la economía; así, es incongruente que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica sea interpretado como un hecho que subordina al grupo hegemónico. El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tomen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales la hegemonía será ejercida, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, esto es, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero también es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica.

El economismo se presenta bajo muchas otras formas además de la del librecambismo y el *sindicalismo teórico*. Le pertenecen todas las formas de abstencionismo electoral (ejemplo típico el abstencionismo de los clericales italianos después de 1870, después de 1900 cada vez más atenuado, hasta 1919 y la formación del Partido Popular: la distinción orgánica que los clericales hacían entre Italia real e Italia legal era una reproducción de la distinción entre mundo económico y mundo político-legal), que son muchas, en el sentido de que puede haber semiabstencionismo, un cuarto, etcétera. Al abstencionismo está ligada la fórmula del “tanto peor, tanto mejor” y también la fórmula de la llamada “intransigencia” parlamentaria de algunas facciones de diputados. No siempre el economismo es contrario a la acción política y al partido político, que sin embargo es considerado mero organismo educativo de tipo sindical.

Un punto de referencia para el estudio del economismo y para comprender las relaciones entre estructura y superestructura es aquel pasaje de la *Miseria de la filosofía* donde se dice que una fase importante en el desarrollo de un grupo social es aquella en que los miembros componentes de un sindicato no luchan ya solamente por sus intereses económicos, sino para la defensa y desarrollo de la organización misma (ver la afirmación exacta;² la *Miseria de la filosofía* es un momento esencial en la formación de la filosofía de la praxis; puede ser considerada como el desarrollo de las *Tesis sobre Feuerbach*, mientras que la *Sagrada familia* es una fase intermedia indistinta y de origen ocasional, como se desprende de los fragmentos dedicados a Proudhon y especialmente al materialismo francés. El pasaje sobre el materialismo francés es más que nada un capítulo de historia de la cultura y no un pasaje teórico, como a menudo es interpretado, y como historia de la cultura es admirable. Recordar la observación de que la crítica contenida en la *Miseria de la filosofía* contra Proudhon y su interpretación de la dialéctica hegeliana puede ser extendida a Gioberti y al hegelianismo de los liberales moderados italianos en general.³ El paralelo Proudhon-Gioberti, no obstante que representen fases histórico-políticas no homogéneas, incluso precisamente por eso, puede ser interesante y fecundo). Debe recordarse igualmente la afirmación de Engels de que la economía sólo en “último análisis” es el motor de la historia (en las dos cartas sobre la filosofía de la praxis publicadas también en italiano)⁴ que deben vincularse directamente con el pasaje del prefacio de la *Crítica de la Economía Política*, donde se dice que los hombres se hacen conscientes de los conflictos que se verifican en el mundo económico en el terreno de las ideologías.⁵

En varias ocasiones se ha afirmado en estas notas que la filosofía de la praxis está mucho más difundida de lo que se quiere reconocer.⁶ La afirmación es exacta si se entiende que está difundido el economismo histórico, como el profesor Loria llama ahora a sus concepciones más o menos deshilvanadas, y que por lo tanto el ambiente cultural está completamente transformado respecto a la época en que la filosofía de la praxis inició sus luchas; podría decirse, con terminología crociana, que la mayor herejía surgida en el seno de la “religión de la libertad” ha sufrido también, como la religión ortodoxa, una degeneración, se ha difundido como “superstición”, o sea que ha entrado en combinación con el librecambismo y ha producido el economismo. Hay que ver sin embargo si, mientras que la religión ortodoxa ya se ha anquilosado, la superstición herética no ha mantenido siempre un fermento que la hará renacer como religión superior, esto es, si las escorias de superstición no son fácilmente liquidables.

Algunos puntos característicos del economismo histórico: 1] en la bús-

queda de nexos históricos no se distingue lo que es “relativamente permanente” de lo que es fluctuación ocasional y se entiende por hecho económico el interés personal y de pequeño grupo, en sentido inmediato y “sórdidamente judaico”.⁷ No se toman en cuenta las formaciones de clase económica, como todas las relaciones inherentes, sino que se asume el interés burdo y usurario, especialmente cuando coincide con formas delictuosas contempladas por los códigos criminales; 2] la doctrina según la cual el desarrollo económico es reducido a la sucesión de los cambios técnicos en los instrumentos de trabajo. Loria ha hecho una exposición brillantísima de esta doctrina aplicada en el artículo sobre la influencia social del aeroplano, publicado en la *Rassegna Contemporanea* de 1912;⁸ 3] la doctrina por la que el desarrollo económico e histórico se hace depender inmediatamente de los cambios de cualquiera de los elementos importantes de la producción, el descubrimiento de una nueva materia prima, de un nuevo combustible, etcétera, que llevan consigo la aplicación de nuevos métodos en la construcción y manejo de las máquinas. En estos últimos tiempos hay toda una literatura sobre el petróleo: se puede ver como típico un artículo de Antonino Laviosa en la *Nuova Antologia* de 1929.⁹ El descubrimiento de nuevos combustibles y nuevas energías motrices, así como de nuevas materias primas que transformar, tiene ciertamente gran importancia, porque puede cambiar la posición de los Estados, pero no determina el movimiento histórico, etcétera.

Sucede a menudo que se combate el economismo histórico creyendo combatir el materialismo histórico. Éste es el caso, por ejemplo, de un artículo del *Avenir* de París del 10 de octubre de 1930 (reproducido en la *Rassegna Settimanale della Stampa Estera* del 21 de octubre de 1930, pp. 2303-4) y que se cita como típico: “Se nos dice desde hace mucho tiempo, pero sobre todo después de la guerra, que las cuestiones de interés dominan a los pueblos y hacen avanzar al mundo. Son los marxistas quienes han inventado esta tesis bajo el apelativo un poco doctrinario de ‘materialismo histórico’. En el marxismo puro los hombres tomados en masa no obedecen a las pasiones, sino a las necesidades económicas. La política es una pasión. La patria es una pasión. Estas dos ideas exigentes no gozan en la historia más que de una función de apariencia porque en realidad la vida de los pueblos, en el curso de los siglos, se explica con un juego cambiante y siempre renovado de causas de orden material. La economía lo es todo. Muchos filósofos y economistas burgueses han hecho suyo este sonsonete. Adoptan cierto aire de explicarse, a base de la situación de los granos, de los petróleos o del caucho, la gran política internacional. Se las ingenian para demostrarnos que toda la diplomacia está dominada por cuestiones de tarifas aduanales y de precios de costo. Estas explicacio-

nes están muy en boga. Tienen una pequeña apariencia científica y proceden de una especie de escepticismo superior que querría pasar por elegancia suprema. ¿La pasión en política exterior? ¿El sentimiento en materia nacional? ¡Nada de eso! Esto sólo es bueno para gente común. Los grandes espíritus, los iniciados saben que todo está dominado por el dar y el tener. Ahora bien, ésta es una seudoverdad absoluta. Es completamente falso que los pueblos no se dejen guiar más que por consideraciones de interés y es completamente cierto que obedecen <más que nunca al sentimiento. El materialismo histórico es una buena tontería. Las naciones obedecen> sobre todo a consideraciones dictadas por un deseo y una fe ardiente de prestigio. Quien no comprende esto no comprende nada”.¹⁰ La continuación del artículo (titulado “La manía del prestigio”) da como ejemplo las políticas alemana e italiana, que serían de “prestigio” y no dictadas por intereses materiales. El artículo encierra brevemente gran parte, de las ideas más triviales de polémica contra la filosofía de la praxis, pero en realidad la polémica es contra el economismo deshilvanado de tipo loriano. Por otra parte, el autor no está muy fuerte en el tema incluso en otros aspectos: no comprende que las “pasiones” pueden no ser otra cosa más que un sinónimo de los intereses económicos y que es difícil sostener que la actividad política sea un estado permanente de exasperación pasional y de espasmo; precisamente la política francesa es presentada como una “racionalidad” sistemática y coherente, o sea depurada de todo elemento pasional, etcétera.

En su forma más difundida de superstición economicista, la filosofía de la praxis pierde gran parte de su expansividad cultural en la esfera superior del grupo intelectual, en comparación con la que adquiere entre las masas populares | y entre los intelectuales de poca talla, que no pretenden fatigarse el cerebro pero quieren parecer astutísimos, etcétera. Como escribió Engels, a muchos les resulta muy cómodo creer que pueden tener, a poco precio y con ninguna fatiga, en el bolsillo toda la historia y toda la sabiduría política y filosófica concentrada en unas cuantas formulitas.¹¹ Habiendo olvidado que la tesis según la cual los hombres adquieren conciencia de los conflictos fundamentales en el terreno de las ideologías no es de carácter psicológico o moralista, sino que tiene un carácter orgánico gnoseológico, se ha creado la *forma mentis* de considerar la política y por lo tanto la historia como un continuo *marché de dupes*, un juego de ilusionismo y de prestidigitación. La actividad “crítica” se ha reducido a revelar trucos, a suscitar escándalos, a pedir cuentas a los hombres representativos.

Se ha olvidado así que siendo o presumiendo de ser también el “economismo” un canon objetivo de interpretación (objetivo-científico), la in-

vestigación en el sentido de los intereses inmediatos debe ser válida para todos los aspectos de la historia, para los hombres que representan la “tesis” tanto como para aquellos que representan la “antítesis”. Se ha olvidado además otra proposición de la filosofía de la praxis: la de que las “creencias populares” o las creencias del tipo de las creencias populares tienen la validez de las fuerzas materiales.¹²

Los errores de interpretación en el sentido de la búsqueda de los intereses “sórdidamente judaicos” han sido a veces groseros y cómicos y por lo mismo han reactuado negativamente sobre el prestigio de la doctrina original. Por lo tanto hay que combatir el economismo no sólo en la teoría de la historiografía, sino también y especialmente en la teoría y en la práctica políticas. En este campo la lucha puede y debe librarse desarrollando el concepto de hegemonía, tal como ha sido librada prácticamente en el desarrollo de la teoría del partido político y en el desarrollo práctico de la vida de determinados partidos políticos (la lucha contra la teoría de la llamada revolución permanente, a la que se contraponía el concepto de dictadura democrático-revolucionaria,¹³ la importancia del apoyo dado a las ideologías constituyentistas, etcétera). Se podría hacer una investigación sobre los juicios emitidos a medida que se desarrollaban ciertos movimientos políticos, tomando como tipo el movimiento boulangierista (desde 1886 hasta el 1890 aproximadamente), o el proceso Dreyfus o incluso el golpe de Estado del 2 de diciembre (un análisis del libro clásico sobre el 2 de diciembre,¹⁴ para estudiar qué importancia relativa se le da al factor económico inmediato y qué lugar, por el contrario, tiene el estudio concreto de las “ideologías”). Frente a este evento, el economismo se plantea la pregunta: ¿a quién beneficia inmediatamente la iniciativa en cuestión? y responde con un razonamiento tan simplista como paralógico. Beneficia inmediatamente a una cierta fracción del grupo dominante y, para no errar, esta elección cae sobre aquella fracción que evidentemente tiene una función progresista y de control sobre el conjunto de las fuerzas económicas. Se puede estar seguros de no equivocarse porque necesariamente, si el movimiento bajo examen llega al poder, antes o después la fracción progresista del grupo dominante acabará por controlar el nuevo gobierno y por hacer de él un instrumento para orientar en su propio beneficio el aparato estatal. Se trata pues de una infalibilidad muy barata y que no sólo no tiene significado teórico, sino que tiene poquísimos alcances político y eficacia práctica: en general no produce más que prédicas moralistas y cuestiones personales interminables.

13 Cuando un movimiento de tipo boulangierista se produce, el análisis debería ser conducido realísticamente según esta línea: 1] contenido social de la masa que se adhiere al movimiento; 2] ¿qué función tenía esta

masa en el equilibrio de fuerzas que va transformándose como lo demuestra el nuevo movimiento con su nacimiento mismo?; 3] las reivindicaciones que los dirigentes presentan y que encuentran consenso, ¿qué significado tienen política y socialmente?, ¿a qué exigencias efectivas corresponden?; 4] examen de la correspondencia de los medios con el fin propuesto; 5] sólo en último análisis, y presentada en forma política y no moralista, se expone la *hipótesis* de que tal movimiento necesariamente será desnaturalizado y servirá a fines muy distintos de los que las multitudes seguidoras esperan. Por el contrario, esta hipótesis es afirmada preventivamente cuando ningún elemento concreto (esto es, que parezca tal con la evidencia del sentido común y no por un análisis "científico" esotérico) existe aún para sustentarla, de modo que aparece como una acusación moralista de doblez y mala fe o de poca astucia, de estupidez (para los partidarios). Así, la lucha política se convierte en una serie de hechos personales entre quienes se las saben todas, teniendo al diablo en el bolsillo, y quien es burlado por sus propios dirigentes y no quiere convencerse de ello por su incurable estupidez.

Por lo demás, mientras estos movimientos no alcanzan el poder, se puede siempre pensar que fracasan y algunos de hecho han fracasado (el boulangierismo, que ha fracasado como tal y luego ha sido aniquilado definitivamente con el movimiento dreyfusista, el movimiento de Georges Valois, el del general Gayda); la búsqueda debe pues dirigirse a la identificación de los elementos de fuerza, pero también de los elementos de debilidad que aquéllos contienen en su seno: la hipótesis "economista" afirma un elemento inmediato de fuerza, o sea la disponibilidad de cierta aportación financiera directa o indirecta (un gran periódico que apoye al movimiento es también una aportación financiera indirecta) y basta. Demasiado poco.

También en este caso el análisis de los diversos grados de relación de las fuerzas no puede culminar más que en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas.

§ <23> *Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en periodos de crisis orgánica* (a vincular con las notas sobre las situaciones y las relaciones de fuerza).¹ En cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, o sea que los partidos tradicionales en aquella determinada forma organizativa, con aquellos determinados hombres que los constituyen, los representan y los dirigen no son ya reconocidos como su expresión por su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis tienen lugar, la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos. ¿Cómo se crean estas situaciones de oposición entre representantes y representados, que del terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se refleja en todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de la alta finanza, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es distinto, si bien el contenido es el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las

15 grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeñoburgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto.

La crisis crea situaciones inmediatas peligrosas, porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase tradicional dirigente, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reabsorbe el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor que la que poseen las clases subalternas; hace incluso sacrificios, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza por el momento, y se sirve de él para aniquilar al adversario y dispersar a su personal de dirección, que no puede ser muy numeroso ni muy adiestrado. El hecho de que las tropas de muchos partidos pasen a colocarse bajo la bandera de un partido único que mejor represente y resuma las necesidades de toda la clase es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en comparación con tiempos tranquilos: representa la fusión de todo un

grupo social bajo una dirección única considerada la única capaz de resolver un problema dominante existencial y de alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la del jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser dispares, pero en el que prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene la fuerza necesaria para la victoria^a y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un amo (cfr. *El 18 brumario de Luis Napoleón*).²

Este orden de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen al partido político, a saber, la incapacidad del partido para reaccionar contra el espíritu de hábito, contra las tendencias a momificarse y a volverse anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organización para dirigir la situación en momentos históricamente vitales para su clase; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben desarrollarse según se van desarrollando las relaciones totales de fuerza (y por lo tanto la posición relativa de sus clases) en el país determinado o en el campo internacional. Al analizar estos desarrollos de los partidos hay que distinguir: el grupo social; la masa del partido; la burocracia y el estado mayor del partido. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ésta acaba por constituir un grupo solidario, que se apoya en sí mismo y se siente independiente de la masa, el partido acaba por volverse anacrónico, y en los momentos de crisis aguda queda vacío de su contenido social y queda como apoyado en el aire. Se puede ver lo que sucede a una serie de partidos alemanes por la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses son un campo rico para tales investigaciones: todos ellos están momificados y son anacrónicos, documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia francesa pasada, cuya terminología envejecida repiten: su crisis puede volverse aún más catastrófica que la de los partidos alemanes.

Al examinar este orden de acontecimientos suele descuidarse el dar su justo lugar al elemento burocrático, civil y militar, y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar sólo los elementos militares y burocráticos en la acción, sino los estratos sociales en los que, en los conjuntos estatales dados, la burocracia es tradicionalmente reclutada. Un movimiento político puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en él abiertamente; un gobierno puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En de-

15^a

^a En el manuscrito el texto contiene una palabra ilegible, aquí integrada según el sentido.

terminadas situaciones puede suceder que convenga no “descubrir” al ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad, no llevar la política entre los soldados, como se dice, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y superioridad sobre las facciones; no obstante es el ejército, o sea el Estado Mayor y la oficialidad, quien determina la nueva situación y la domina. Por otra parte, no es cierto que el ejército, según las constituciones, no deba^a nunca hacer política; el ejército debería precisamente defender la constitución, o sea la forma legal del Estado, con las instituciones conexas; por eso la llamada neutralidad significa solamente apoyo a la parte retrógrada, pero en tales situaciones es preciso plantear así la cuestión para impedir que en el ejército se reproduzca el desacuerdo del país y con ello desaparezca el poder determinante del Estado Mayor por la disgregación del instrumento militar. Todos estos elementos de observación ciertamente no son absolutos, en los diversos momentos históricos y en los diversos países tienen pesos muy distintos.

La primera investigación a hacer es ésta: ¿existe en un determinado país un estrato social difuso para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por “extorsión”)? En la Europa moderna este estrato se puede identificar en la burguesía rural mediana y pequeña que está más o menos difundida en los distintos países según el desarrollo de las fuerzas industriales por una parte y de la reforma agraria por la otra. Ciertamente la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social, sin embargo le es particularmente adecuada por la función social que este estrato desempeña y por las tendencias psicológicas que la función determina o favorece; estos dos elementos dan al conjunto del grupo social cierta homogeneidad y energía de directivas, y por lo tanto un valor político y una función a menudo decisiva en el conjunto del organismo social. Los elementos de este grupo social están habituados a mandar directamente a núcleos de hombres aunque sean exiguos y a mandar “políticamente”, no “económicamente”; o sea que en su arte de mando no existe la aptitud para ordenar las “cosas”, para ordenar “hombres y cosas” en un todo orgánico, como sucede en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno de la palabra. Tiene una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedirle “políticamente” al campesino cultivador el mejoramiento de su propia existencia, porque todo mejoramiento de la posición relativa del campesino sería catastrófico para su po-

^a En el manuscrito: “deban”.

sición social. La miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento, son para aquel grupo una necesidad primordial. Por eso despliega la máxima energía en la resistencia y el contraataque a cada mínimo intento de organización autónoma del trabajo campesino y a cada movimiento cultural campesino que salga de los límites de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su íntima debilidad en su dispersión territorial y en la "inhomogeneidad" que está íntimamente vinculada a tal dispersión; esto explica también otras características: la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la misma | extrañeza de las ideologías a veces seguidas. La voluntad está dirigida hacia un fin, pero es tarda y requiere, por lo general, de un largo proceso para centralizarse organizativa y políticamente. El proceso se acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; no sólo el proceso se acelera, sino que se manifiesta inmediatamente la "fuerza militar" de este estrato, que a veces, organizado, dicta leyes a la clase alta, al menos por lo que respecta a la "forma" de la solución, si no es que al contenido. Se ven funcionar así las mismas leyes que fueron indicadas³ para las relaciones ciudad-campo con respecto a las clases subalternas: la fuerza de la ciudad automáticamente se convierte en fuerza del campo, pero porque en el campo los conflictos asumen inmediatamente una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y por la normalmente más pesada compresión ejercida de arriba hacia abajo, así en el campo los contraataques deben ser más rápidos y decididos. Este grupo comprende y ve que el origen de sus problemas está en la ciudad, en la fuerza de la ciudad y por eso comprende que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas, a fin de que el foco principal sea apagado, aunque tal cosa a las clases altas urbanas no les convenga inmediatamente o porque sea demasiado dispendioso o porque sea peligroso a largo plazo (estas clases ven ciclos de desarrollo más amplios, en los que es posible maniobrar y no sólo el interés "físico" inmediato). En este sentido debe entenderse la función directiva de este estrato y no en sentido absoluto; sin embargo no es poca cosa.

Un reflejo de este grupo se ve en la actividad ideológica de los intelectuales conservadores, de derecha. El libro de Gaetano Mosca *Teoretica dei governi e governo parlamentare* (2ª ed. de 1925, 1ª ed. de 1883)⁴ es ejemplar a este respecto; desde 1883 Mosca estaba aterrorizado por un posible contacto entre la ciudad y el campo. Mosca, por su posición defensiva (de contraataque) comprendía mejor en 1883 la técnica de la política de las clases subalternas que lo que la comprendían, incluso muchas décadas después, los representantes de estas fuerzas subalternas incluso urbanas.

(Debe observarse cómo este carácter “militar” del grupo social en cuestión, que era tradicionalmente un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia, es ahora conscientemente educado y predispuesto orgánicamente. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos para hacer surgir y para mantener establemente asociaciones diversas de militares en reserva y de ex combatientes de diversos cuerpos y armas, especialmente de oficiales, que están ligados a los Estados Mayores y pueden ser movilizados oportunamente sin necesidad de movilizar el ejército de leva, que mantendría así su carácter de reserva en alerta, reforzada e inmunizada por la descomposición política de estas fuerzas “privadas” que no podrán dejar de influir en su “moral”, sosteniéndola y robusteciéndola. Se puede decir que tiene lugar un movimiento del tipo “cosaco”, no en formaciones escalonadas a base de los límites de la nacionalidad, como sucedía con los cosacos zaristas, sino a base de los “límites” del grupo social.)

En toda una serie de países, por lo tanto, la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnico militar, sino influencia y peso del estrato social en el que el elemento técnico militar (especialmente los oficiales subalternos) tiene especialmente su origen. Esta serie de observaciones son indispensables para analizar el aspecto más íntimo de aquella determinada forma política que se suele llamar cesarismo y bonapartismo, para distinguirla de otras formas en las que el elemento técnico militar, como tal, predomina en formas quizá aún más visibles y exclusivas. España y Grecia ofrecen dos ejemplos típicos, con rasgos semejantes y diferentes. En España hay que tomar en cuenta algunos detalles: gran número y escasa densidad de la población 16ª campesina. Entre el noble latifundista y el campesino no existe una numerosa burguesía rural, por lo tanto escasa importancia de la oficialidad subalterna como fuerza en sí misma (por el contrario tenía cierta importancia antagónica la oficialidad de las armas instruidas, artillería e ingenieros, de origen burgués urbano, que se oponía a los generales y trataba de tener una política propia). Los gobiernos militares son, por lo tanto, gobiernos de “grandes” generales. Pasividad de las masas campesinas como ciudadanía y como tropa. Si en el ejército se produce disgregación política, es en sentido vertical, no horizontal, por la competencia de las camarillas dirigentes: la tropa se escinde para seguir a los jefes en lucha recíproca. El gobierno militar es un paréntesis entre dos gobiernos constitucionales; el elemento militar es la reserva permanente del orden y de la conservación, es una fuerza política que opera en “forma pública” cuando la “legalidad” está en peligro. Lo mismo sucede en Grecia con la diferencia de que el territorio griego está desparramado en un sis-

- 18 § <24> A propósito de las confrontaciones entre los conceptos de guerra de maniobras y guerra de posiciones en el arte militar y los conceptos relativos en el arte político, debe recordarse el librito de Rosa traducido al italiano en 1919 por C. Alessandri (traducido del francés).¹ En ese librito se teorizan un poco apresuradamente y también superficialmente las experiencias históricas de 1905: de hecho Rosa descuidó los elementos “voluntarios” y organizativos que en aquellos sucesos fueron mucho más difundidos y eficientes de lo que Rosa fue capaz de creer por cierto prejuicio suyo “economista y espontaneísta”. Sin embargo, este librito (y

otros ensayos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobras aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etcétera) es considerado como la artillería de campo que en la guerra abría la brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente para que las tropas propias hagan irrupción y obtengan un triunfo definitivo (estratégico) o al menos un éxito importante en la directriz de la línea estratégica. Naturalmente en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato es considerada mucho más compleja que la de la artillería pesada^a en la guerra de maniobras, porque este elemento era concebido como poseedor de un doble efecto: 1] abrir la brecha en la defensa enemiga después de haber desorganizado y hecho perder la confianza en sí mismo y en sus fuerzas y en su futuro al enemigo mismo; 2] organizar fulminantemente a las tropas propias, crear los cuadros, o al menos poner los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) fulminantemente en su puesto de encuadramiento por las tropas diseminadas; 3] crear fulminantemente la concentración ideológica de la identidad del fin a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos como rapidísimos en el tiempo y en el espacio; por eso era un auténtico misticismo histórico, la expectativa de una especie de fulguración milagrosa.

La observación del general Krasnov (en su novela)² de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial, para que no se resolviese definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trincheras (absurda dada la enorme extensión del frente del Báltico hasta el Mar Negro, con grandes zonas pantanosas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobras, es una simple estupidez. En realidad el ejército ruso intentó la guerra de maniobras y de rompimiento, especialmente en el sector austriaco (pero también en Prusia oriental) y tuvo triunfos brillantísimos, aunque efímeros. La verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se quiere, a menos que se tenga inmediatamente una superioridad aplastante sobre el enemigo, y es sabido cuántas pérdidas costó la obstinación de los Estados Mayores al no querer reconocer que la guerra de posiciones estaba “impuesta” por las relaciones generales de las fuerzas en conflicto. La guerra de posiciones no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e industrial del territorio que está a espaldas del ejército alineado, y es impuesta especialmen-

^a En el manuscrito: “mucho más compleja que aquella que no sea la de la artillería pesada”.

te por el tiro rápido de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles, por la concentración de armas en un determinado punto, además de por la abundancia del abastecimiento que permite sustituir rápidamente el material perdido tras una penetración y una retirada. Otro elemento es la gran masa de hombres que participan en la acción, de valor muy desigual y que pueden operar solamente como masa. Se vio cómo en el frente oriental una cosa era hacer irrupción en el sector alemán y otra cosa en el sector austriaco y cómo incluso en el sector austriaco, reforzado por tropas selectas alemanas y mandado por alemanes, la táctica de penetración acabó en el desastre. Lo mismo se vio en la guerra polaca de 1920, cuando la avanzada que parecía irresistible fue frenada ante Varsovia por el general Weygand sobre la línea mandada por oficiales franceses. Los mismos técnicos militares que ahora se han empeñado en la guerra de posiciones como antes se empeñaron en la de maniobras, ciertamente no sostienen que el tipo precedente deba ser considerado como cancelado por la ciencia; pero en las guerras entre Estados más avanzados industrial y civilmente, aquél debe considerarse reducido a función táctica más que estratégica, debe considerarse en la misma posición en que estaba antes la guerra de asedio con respecto a la de maniobras. La misma reducción debe suceder en el arte y en la ciencia política, al menos por lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en ésta sucedía que un encarnizado ataque de artillería parecía haber destruido todo el sistema defensivo adversario pero por el contrario sólo había destruido la superficie externa, y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficaz, lo mismo sucede en la política durante las grandes crisis económicas; ni las tropas asaltantes, por efecto de la crisis, se organizan fulminantemente en el tiempo y en el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; a su vez los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en su futuro. Las cosas, ciertamente, no quedan tal y como estaban, pero es verdad que se echa en falta el elemento de la rapidez, del tiempo acelerado, de la marcha progresiva definitiva como se esperaban los estrategas del cadornismo político. El último hecho de este tipo en la historia de la política fueron los acontecimientos de 1917. Éstos marcaron un momento decisivo en la historia del arte y la ciencia de la política. Se trata pues de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden

a los sistemas de defensa en la guerra de posiciones. Se dice con “profundidad” a propósito, porque aquéllos han sido estudiados, pero desde puntos de vista superficiales y triviales, como ciertos historiadores de las costumbres estudian las rarezas de la moda femenina, o desde un punto de vista “racionalista” o sea con el convencimiento de que ciertos fenómenos son destruidos tan pronto como se les explica “realistamente”, como si fuesen supersticiones populares (que por lo demás tampoco éstas se destruyen con sólo explicarlas).

A este conjunto de problemas debe vincularse la cuestión del escaso éxito obtenido por nuevas corrientes en el movimiento sindical.

Un intento de iniciar una revisión de los métodos tácticos habría debido ser el expuesto por L. Davidovich Bronstein^a en la cuarta reunión cuando hizo una comparación entre el frente oriental y el occidental, aquél cayó de inmediato pero fue seguido por luchas inauditas: en éste las luchas ocurrieron “antes”. O sea que se trataría de si la sociedad civil resiste antes o después del asalto, dónde sucede esto, etcétera. La cuestión, sin embargo, fue expuesta sólo en forma literaria brillante, pero sin indicaciones de carácter práctico.³

QP 13 § <27>

§ <27> *El cesarismo*. César, Napoleón I, Napoleón III, Cromwell, etcétera. Compilar un catálogo de los sucesos históricos que han culminado en una gran personalidad “heroica”. Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, o sea que se equilibran de modo que la continuación de la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresista A lucha contra la fuerza regresiva B, puede suceder no sólo que A venza a B o B venza a A, puede suceder también que no vengzan ni A ni B, sino que se agoten recíprocamente y una tercera fuerza C intervenga desde fuera sometiendo lo que queda de A y de B. En Italia, después de la muerte del Magnífico, sucedió precisamente esto, como sucedió en el mundo antiguo con las invasiones de los bárbaros.

Pero el cesarismo, si bien expresa siempre la solución “arbitral”, confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresista y uno regresivo y el significado exacto de cada forma de cesarismo, en último análisis, puede ser reconstruido por la historia concreta y no por un esquema sociológico. Es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y atemperamientos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que sin embargo poseen un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente. César o Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresista. Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo. Se trata de ver si en la dialéctica “revolución-restauración” es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, porque es cierto que en el movimiento histórico no se retrocede jamás y no existen restauraciones “in toto”. Por lo demás el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no un canon de interpretación histórica. Es posible tener soluciones cesaristas incluso sin un César, sin una gran personalidad “heroica” y representativa. El sistema parlamentario ha dado, también él, un mecanismo para tales soluciones de compromiso. Los gobiernos “laboristas” de MacDonalld eran soluciones

de esa especie en cierto grado, el grado de cesarismo se intensificó cuando fue formado el gobierno con MacDonald como presidente y la mayoría conservadora. Igual en Italia en 1922, hasta la separación de los populares y luego gradualmente hasta el 3 de enero de 1925 y aun hasta el 8 de noviembre de 1926, se tuvo un movimiento político-histórico en el que diversas gradaciones de cesarismo se sucedieron hasta llegar a una forma más pura y permanente, aunque ésta no sea inmóvil y estática. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no evolucionar hasta los grados más significativos (naturalmente la opinión vulgar, por el contrario, es que los gobiernos de coalición son el más "sólido baluarte" contra el cesarismo).

En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy distinto de lo que fue hasta Napoleón III. En el periodo hasta Napoleón III las fuerzas militares regulares o de línea eran un elemento decisivo para el advenimiento del cesarismo, que tenía lugar con golpes de Estado bien precisos, con acciones militares, etcétera. En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con los medios financieros incalculables de que pueden disponer pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y de los sindicatos económicos pueden ser corrompidos o aterrorizados, sin necesidad de acciones militares de gran estilo, tipo César o 18 Brumario. Se reproduce en este campo la misma situación examinada a propósito de la fórmula jacobina-cuarentaiochesca de la llamada "revolución permanente".¹ La técnica política moderna se ha transformado completamente después del 48, después de la expansión del parlamentarismo, del régimen asociativo sindical y de partido, de la formación de amplias burocracias estatales y "privadas" (político-privadas, de partidos y sindicales) y las transformaciones ocurridas en la organización de la policía en sentido amplio, o sea no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino del conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y por los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes. En este sentido, partidos "políticos" enteros y otras organizaciones económicas o de otro género deben ser considerados organismos de policía política, de carácter investigativo y preventivo.

El esquema general de las fuerzas A y B en lucha con perspectivas catastróficas, o sea con la perspectiva de que no venza ni A ni B en la lucha para constituir (o reconstituir) un equilibrio orgánico, de donde nace (puede nacer) el cesarismo, es precisamente una hipótesis genérica, un esquema sociológico (conveniente para el arte político). La hipótesis puede hacerse cada vez más concreta, llevada a un grado cada vez mayor

de aproximación a la realidad histórica concreta, y ello puede obtenerse precisando algunos elementos fundamentales. Así, hablando de A y de B se ha dicho solamente que son una fuerza genéricamente progresista y una fuerza genéricamente regresiva: se puede precisar de qué tipo de fuerzas progresistas y regresivas se trata y obtener así mayores aproximaciones. En el caso de César y de Napoleón I se puede decir que A y B, aun siendo distintas y contrastantes, no lo eran tanto sin embargo que no pudieran llegar “absolutamente” a una fusión y asimilación recíproca después de un proceso molecular, lo que de hecho sucedió, al menos en cierta medida (suficiente sin embargo para los fines histórico-políticos del cese de la lucha orgánica fundamental y por lo tanto de la superación de la fase catastrófica). Éste es un elemento de mayor aproximación. Otro elemento es el siguiente: la fase catastrófica puede surgir por una deficiencia política “momentánea” de la fuerza dominante tradicional y no ya por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Esto sucedió en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 hasta 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: la legitimista, la orleanista, la bolnapartista, la jacobino-republicana. 20* Las luchas internas de facciones eran tales que hacían posible el avance de la fuerza antagónica B (progresista) en forma “precoz”; sin embargo la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como la historia subsiguiente demostró abundantemente. Napoleón III representó (a su modo, según la estatura del hombre, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes: su cesarismo, pues, tiene un color particular. Es objetivamente progresista si bien no como el de César y de Napoleón I. El cesarismo de César y de Napoleón I fue, por así decirlo, de carácter cuantitativo-cualitativo, esto es, representó la fase histórica de paso de un tipo de Estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tantas y tales que representaron una completa transformación. El cesarismo de Napoleón III fue sólo y limitadamente cuantitativo, no hubo paso de un tipo de Estado a otro tipo, sino sólo “evolución” del mismo tipo, según una línea ininterrumpida.

En el mundo moderno los fenómenos de cesarismo son totalmente distintos, tanto de los del tipo progresista César-Napoleón I, como también de los del tipo Napoleón III, si bien se aproximan más a este último. En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se produce entre fuerzas que en último análisis podrían fundirse y unificarse, aunque fuese tras un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es irremediable históricamente e incluso se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesáreas. Sin embargo el cesarismo tiene también en el mundo moderno cierto margen, más o menos grande, se-

gún los países y su peso relativo en la estructura mundial, porque una forma social tiene “siempre” posibilidades marginales de ulterior desarrollo y ordenamiento organizativo y especialmente puede contar con la debilidad relativa de la fuerza progresista antagónica, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de ésta, debilidad que hay que mantener: por eso se ha dicho que el cesarismo moderno más que militar es policiaco.

Cfr. *Cuaderno 9* (XIV), pp. 95-96, 97-98.

§ <33> *Sobre el concepto de partido político.* Cuando se quiere escribir la historia de un partido político en realidad hay que encarar toda una serie de problemas mucho menos simples de lo que cree, por ejemplo Roberto Michels, que sin embargo es considerado un especialista en la materia.¹ ¿Qué será la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política? ¿Cómo nace, los primeros grupos que la constituyen, las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? En ese caso se trataría de la historia de grupos restringidos de intelectuales y a veces de la biografía política de un individuo aislado. El marco del cuadro, por lo tanto, tendrá que ser más amplio y global. Deberá hacerse la historia de una determinada masa de hombres que habrá seguido a los promotores, los habrá apoyado con su confianza, con su lealtad, con su disciplina, o los habrá criticado "realistamente" dispersándose o permaneciendo pasivos frente a algunas iniciativas. ¿Pero estará constituida esta masa solamente por afiliados al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones, etcétera, o sea todo el conjunto de actividades y de modos de existencia con que una masa partidaria manifiesta su voluntad? Evidentemente habrá que tener en cuenta el grupo social del que el partido dado es expresión y parte más avanzada: la historia de un partido, pues, no podrá dejar de ser la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado: tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo incluso con interferencias internacionales) se desprenderá la historia de un determinado partido, por lo que puede decirse que escribir la historia de un partido significa lo mismo que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso en la medida en que su particular actividad haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

^{23a} He ahí pues que del modo de escribir la historia de un partido se desprende qué concepto se tiene de lo que es un partido o lo que debe ser. El sectario se exaltará en los detalles internos, que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo; el historiador, aun dando a cada cosa la importancia que posee en el cuadro general, pondrá

el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en el haber contribuido a crear un acontecimiento y también en el haber impedido que otros acontecimientos se realizasen.

Cfr. *Cuaderno 9* (XIV), pp. 46-47.

24 § <36> *Sobre la burocracia.* 1] El hecho de que en el desarrollo histórico de las formas políticas y económicas se haya venido formando el tipo del funcionario “de carrera” técnicamente adiestrado para el trabajo burocrático (civil y militar) tiene un significado primordial en la ciencia política y en la historia de las formas estatales. ¿Se ha tratado de una necesidad o de una degeneración con respecto al autogobierno (*self-government*) como pretenden los librecambistas “puros”? Es cierto que toda forma social y estatal ha tenido su propio problema de los funcionarios, un modo de plantearlo y resolverlo, su propio sistema de selección, su propio tipo de funcionario que educar. Reconstruir la evolución de todos estos elementos es de importancia capital. El problema de los funcionarios coincide en parte con el problema de los intelectuales. Pero si bien es verdad que cada nueva forma social y estatal ha tenido necesidad de un nuevo tipo de funcionario, también es verdad que los nuevos grupos dirigentes no han podido nunca prescindir, al menos por cierto tiempo, de la tradición y de los intereses constituidos, o sea de las formaciones de funcionarios ya existentes y preconstituidas en el momento de su advenimiento (esto especialmente en la esfera eclesiástica y en la militar). La unidad del trabajo manual e intelectual y un vínculo más estrecho entre el poder legislativo y el ejecutivo (por el que los funcionarios electos, además de interesarse en el control, se encarguen también de la ejecución de los asuntos de Estado) pueden ser motivos de inspiración tanto para una orientación nueva en la solución del problema de los intelectuales como para el de los funcionarios.

2] Relacionada con la cuestión de la burocracia y de su organización “óptima” se halla la discusión sobre los llamados “centralismo orgánico” y “centralismo democrático” (que por otra parte no tiene nada que ver con la democracia abstracta, tanto que la Revolución francesa y la tercera República desarrollaron formas de centralismo orgánico que no habían conocido ni la monarquía absoluta ni Napoleón I). Habrá que buscar y examinar las relaciones económicas y políticas reales que encuentran su forma organizativa, su articulación y su funcionalidad en las diversas manifestaciones de centralismo orgánico y democrático en todos los cam-

pos: en la vida estatal (unitarismo, federación, unión de Estados federados, federación de Estados o Estado federal, etcétera), en la vida interestatal (alianzas, formas varias de “constelación” política internacional), en la vida de las asociaciones políticas y culturales (masonería, Rotary Club, Iglesia católica), sindicales económicas (cárteles, trusts), en un mismo país, en diversos países, etcétera.

Polémicas nacidas en el pasado (antes de 1914) a propósito del predominio alemán en la vida de la alta cultura y de algunas fuerzas políticas internacionales: ¹ ¿pero era real este predominio y en qué consistía realmente? Puede decirse: a] que ningún vínculo orgánico y disciplinario establecía tal supremacía, que por lo tanto era un simple fenómeno de influencia cultural abstracta y de prestigio moral muy débil; b] que tal influencia cultural no tocaba para nada la actividad real, que viceversa era disgregada, localista, sin orientación de conjunto. Por lo tanto no se puede hablar de ningún centralismo ni orgánico ni democrático ni de otro género o mixto. La influencia era sentida y sufrida por escasos grupos intelectuales, sin vínculos con las masas populares, y precisamente esta ausencia de vínculos caracterizaba la situación. Sin embargo, tal estado de cosas es digno de examen porque sirve para explicar el proceso que condujo a formular las teorías del centralismo orgánico, que fueron precisamente una crítica unilateral y de intelectuales a aquel desorden y a aquella dispersión de fuerzas. ²

Entre tanto, hay que distinguir en las teorías del centralismo orgánico entre aquellas que velan un programa preciso de predominio real de una parte sobre el todo (ya sea que esa parte esté constituida por un estrato como la de los intelectuales, ya sea que esté constituida por un grupo territorial “privilegiado”) y aquellas que son una pura posición unilateral de sectarios y fanáticos y que no obstante pueden ocultar un programa de predominio (generalmente una sola individualidad, como la del papa infalible por la que el catolicismo se ha transformado en una especie de culto del pontífice), inmediatamente no parece ocultar semejante programa como hecho político y consciente. El nombre más exacto sería el de centralismo burocrático. La “organicidad” no puede ser más que del centralismo democrático, el cual es un “centralismo” en movimiento, por así decirlo, o sea una continua adecuación de la organización al movimiento real, un contemporizar los impulsos de abajo con el mando de arriba, una inserción continua de los elementos que brotan de lo profundo de la masa en el marco sólido del aparato de dirección que asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias: aquél es “orgánico” porque toma en cuenta el movimiento, que es el modo orgánico de revelarse de la realidad histórica y no se endurece mecánicamente en la buro-

cracia, y al mismo tiempo toma en cuenta aquello que es relativamente estable y permanente o que por lo menos se mueve en una dirección fácil de preverse, etcétera. Este elemento de estabilidad en el Estado se encarna en el desarrollo orgánico del núcleo central del grupo dirigente tal como sucede en una escala más restringida en la vida de los partidos. El predominio del centralismo burocrático en el Estado indica que el grupo dirigente está saturado y convirtiéndose en una camarilla estrecha que tiende a perpetuar sus mezquinos privilegios regulando o incluso sofocando el nacimiento de fuerzas contrarias, aunque estas fuerzas sean homogéneas a los intereses dominantes fundamentales (por ejemplo en los sistemas proteccionistas a ultranza en lucha con el librecambismo económico). En los partidos que representan grupos socialmente subalternos, el elemento de estabilidad es necesario para asegurar la hegemonía no a grupos privilegiados sino a los elementos progresistas, orgánicamente progresistas con respecto a otras fuerzas afines y aliadas pero compuestas y oscilantes.

En todo caso hay que señalar que las manifestaciones morbosas de centralismo burocrático se han producido por deficiencias de iniciativas y responsabilidad en la base, o sea por el primitivismo político de las fuerzas periféricas, aun cuando éstas sean homogéneas con el grupo territorial hegemónico (fenómeno del piamontesismo en las primeras décadas de la unidad italiana). La formación de tales situaciones puede ser extraordinariamente dañina y peligrosa en los organismos internacionales (Sociedad de las Naciones).

25 El centralismo democrático ofrece una fórmula elástica que se presta a muchas encarnaciones; vive en cuanto que es interpretada y adaptada continuamente a las necesidades: consiste en la búsqueda crítica de lo que es igual en la aparente disformidad y por el contrario distinto e incluso opuesto en la aparente uniformidad para organizar y conectar estrechamente lo que es similar, pero de modo que la organización y la conexión resulten una necesidad práctica e "inductiva", experimental y no el resultado de un proceso racionalista, deductivo, abstracto, o sea propio de los intelectuales puros (o puros asnos). Este esfuerzo continuo para extraer el elemento "internacional" y "unitario" en la realidad nacional y localista es en realidad una acción política concreta, la única actividad productiva de progreso histórico. Esto exige una unidad orgánica entre teoría y práctica, entre estratos intelectuales y masas populares, entre gobernantes y gobernados. Las fórmulas de unidad y federación pierden gran parte de su significado desde este punto de vista, mientras que conservan su veneno en la concepción burocrática para la cual acaba por no existir unidad sino un pantano de aguas estancadas, superficialmente

tranquilo y "mudo" y no federación sino "costal de papas", o sea yuxtaposición mecánica de "unidades" aisladas sin vínculo entre sí.

Cfr. *Cuaderno 9* (XIV), pp. 20-21, 50-53.

§ <4> *Maquiavelo. Elementos de política.* No hay más remedio que decir que los primeros en ser olvidados son precisamente los primeros elementos, las cosas más elementales; por lo demás, éstas, repitiéndose infinitas veces, se convierten en los pilares de la política y de cualquier acción colectiva. Primer elemento es que existen verdaderamente gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte políticos se basan en este hecho primordial, irreductible (en ciertas condiciones generales). Los orígenes de este hecho son un problema en sí, que deberá ser estudiado en sí mismo (por lo menos podrá y deberá estudiarse cómo atenuar y hacer desaparecer el hecho, cambiando ciertas condiciones identificables como actuantes en este sentido), pero sigue permaneciendo el hecho de que existen dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. Dado este hecho, habrá que ver cómo se puede dirigir del modo más eficaz (dados ciertos fines) y, por lo tanto, cómo preparar del mejor modo a los dirigentes (y en esto consiste más precisamente la primera sección de la ciencia y el arte políticos) y cómo, por otra parte, se conocen las líneas de menor resistencia o racionales para obtener la obediencia de los dirigidos o gobernados.

Al formar dirigentes es fundamental la premisa: ¿se quiere que haya siempre gobernados y gobernantes o bien se quieren crear las condiciones en las que la necesidad de existencia de esta división desaparezca?, o

^a En el manuscrito siguen algunas palabras canceladas y hechas ilegibles.

sea, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano o se cree que ésta es sólo un hecho histórico, que responde a ciertas condiciones? Hay que tener claro, sin embargo, que la división de gobernados y gobernantes, si bien en último análisis se remonta a una división de los grupos sociales, todavía existe, dadas las cosas tal como son, incluso en el seno del mismo grupo, aunque sea socialmente homogéneo; en cierto sentido se puede decir que esa división es una creación de la división del trabajo, es un hecho técnico. Sobre esta coexistencia de motivos especulan aquellos que ven en todo sólo "técnica", necesidad "técnica", etcétera, para no proponerse el problema fundamental.

3 bis Dado que incluso en el mismo grupo existe la división entre gobernantes y gobernados, hay que establecer algunos principios inderogables, y es también en este terreno donde se producen los "errores" más graves, donde se manifiestan las incapacidades más criminales, pero más difíciles de corregir. Se cree que habiendo sido postulado el principio del mismo grupo, la obediencia debe ser automática, debe darse sin que se requiera una demostración de "necesidad" y racionalidad, y no sólo esto, sino que ha de ser indiscutible (algunos piensan y, lo que es peor, actúan según esta idea, de que la obediencia "vendrá" sin ser exigida, sin que se haya indicado la vía a seguir). Así es difícil extirpar de los dirigentes el "cadornismo", o sea el convencimiento de que una cosa se hará porque el dirigente considera justo y racional que se haga: si no se hace, la "culpa" cae sobre quien "habría debido" etcétera. Así es difícil extirpar la costumbre criminal de descuidar el evitar sacrificios inútiles. Y sin embargo el sentido común demuestra que la mayor parte de los desastres colectivos (políticos) suceden porque no se ha tratado de evitar el sacrificio inútil, o se ha demostrado no tener en cuenta los sacrificios ajenos o se ha jugado con el pellejo ajeno. Todos hemos oído contar a oficiales del frente cómo los soldados arriesgaban realmente su vida cuando era necesario, pero cómo, por el contrario, se rebelaban cuando se sentían abandonados. Por ejemplo: una compañía era capaz de ayunar muchos días porque veía que los víveres no podían llegar por fuerza mayor, pero se amotinaba si se veía privada de una sola comida por descuido o burocratismo, etcétera.

Este principio se extiende a todas las acciones que exigen sacrificio. Por lo que siempre, después de cada fracaso, es preciso ante todo investigar las responsabilidades de los dirigentes y esto en sentido estricto (por ejemplo: un frente está constituido por varias secciones y cada sección tiene sus dirigentes: es posible que de una derrota sean más responsables los dirigentes de una sección que los de otra, pero se trata de más o menos, no de exclusión de responsabilidad para alguno, eso nunca).

Estableciendo el principio de que existen dirigidos y dirigentes, gober-

nados y gobernantes, es verdad que los partidos son hasta ahora el modo más adecuado para elaborar dirigentes y capacidad de dirección (los “partidos” pueden presentarse bajo los nombres más diversos, incluso los de anti-partido y de “negación de los partidos”; en realidad incluso los llamados “individualistas” son hombres de partido, sólo que querrían ser “jefes de partido” por gracia l de Dios o de la imbecilidad de quien les sigue. 4

Desarrollo del concepto general contenido en la expresión “espíritu estatal”. Esta expresión tiene un significado muy preciso, históricamente determinado. Pero se plantea el problema: ¿existe algo <parecido> a lo que se llama “espíritu estatal” en todo movimiento serio, o sea que no se trata de la expresión arbitraria de individualismos más o menos justificados? Por lo pronto el “espíritu estatal” presupone la “continuidad” tanto hacia el pasado, o sea con respecto a la tradición, como hacia el futuro, o sea que presupone que todo acto es el momento de un proceso complejo, que está ya iniciado y que continuará. La responsabilidad de este proceso, de ser actores de este proceso, de ser solidarios de fuerzas “ignotas” materialmente, pero que no obstante se sienten operantes y activas y que se tienen en cuenta, como si fuesen “materiales” y presentes corporalmente, se llama precisamente, en ciertos casos, “espíritu estatal”. Es evidente que tal conciencia de la “duración” debe ser concreta y no abstracta, esto es, en cierto sentido, que no debe superar ciertos límites; pongamos que los límites más pequeños sean una generación precedente y una generación futura, lo que no es poco decir, porque las generaciones se contarán, para cada una, no treinta años antes y treinta años después de hoy, sino orgánicamente, en sentido histórico, lo que para el pasado al menos es fácil de comprender: nos sentimos solidarios con los hombres que hoy son viejísimos y que para nosotros representan el “pasado” que aún vive entre nosotros, que hay que conocer, con el que hay que contar, que es uno de los elementos del presente y de las premisas del futuro. Y con los niños, *con las generaciones que ahora están naciendo y creciendo, de las que somos responsables.* (Otra cosa es el “culto” de la “tradición” que tiene un valor tendencioso, implica una elección y un fin determinado, o sea que es base de una ideología.) Y sin embargo, si se puede decir que un “espíritu estatal” así entendido se halla en todos, hay que luchar una y otra vez contra las deformaciones y desviaciones del mismo. “El gesto por el gesto”, la lucha por la lucha, etcétera y especialmente el individualismo mezquino y ruín, que además no es sino una caprichosa satisfacción de impulsos momentáneos, etcétera. (En realidad el punto es siempre el del “apoliticismo” italiano que adopta estas variadas formas pintorescas y extrañas.)

El individualismo es sólo apoliticismo animal; el sectarismo es “apoliticismo” y si <bien> se observa, en efecto, el sectarismo es una forma de

4 bis “clientela” personal, mientras falta el espíritu de partido, que es el elemento fundamental del “espíritu estatal”. La demostración de que el espíritu de partido es el elemento fundamental del espíritu estatal es una de las tareas más conspicuas a cumplir y de mayor importancia; y viceversa que el “individualismo” es un elemento animal, l “admirado por los forasteros” como los actos de los habitantes de un jardín zoológico.

§ <11> *Maquiavelo*. El concepto de “revolución pasiva” en el sentido de Vincenzo Cuoco¹ atribuida al primer periodo del Risorgimento italiano, ¿puede ser relacionado con el concepto de “guerra de posiciones” en contraposición a la guerra de maniobras? Esto es, ¿estos conceptos han surgido después de la Revolución francesa y el binomio Proudhon-Gio-berti puede ser justificado por el pánico creado por el terror de 1793 como el sorelismo por el pánico subsiguiente a los estragos parisienses de 1871? Es decir, ¿existe una identidad absoluta entre guerra de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras? Es un juicio “dinámico” que hay que dar sobre las “restauraciones” que serían una “astucia de la providencia” en sentido viquiano. Un problema es éste: en la lucha Cavour-Mazzini, en la que Cavour es el exponente de la revolución pasiva-guerra de posiciones y Mazzini de la iniciativa popular-guerra de maniobras, ¿no son ambos indispensables en la misma y precisa medida? Sin embargo hay que tener en cuenta que mientras Cavour era consciente de su misión (al menos en cierta medida) en cuanto que comprendía la misión de Mazzini, Mazzini no parece haber sido consciente de la suya ni de la de Cavour; si por el contrario Maz-

9 bis

¹ En el manuscrito: “1° de abril”.

zini hubiese tenido tal conciencia, o sea si hubiese sido un político realista y no un apóstol iluminado (o sea si no hubiese sido Mazzini) el equilibrio resultante de la confluencia de ambas actividades hubiera sido distinto, más favorable al mazzinismo: o sea que el Estado italiano se habría constituido sobre bases menos atrasadas y más modernas. Y puesto que en todo evento histórico se dan casi siempre situaciones similares, hay que ver si no se puede extraer de ello algún principio general de ciencia y arte políticos. Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el *Risorgimento italiano*) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones. Así en el *Risorgimento italiano* se ha visto cómo el paso al cavourismo [después de 1848] de elementos siempre nuevos del Partido de Acción, modificó progresivamente la composición de las fuerzas moderadas, liquidando el neogüelfismo por una parte y por la otra empobreciendo el movimiento mazziniano (a este proceso pertenecen también las oscilaciones de Garibaldi, etcétera). Por lo tanto, este elemento es la fase originaria de aquel fenómeno que fue llamado más tarde “transformismo” y cuya importancia no ha sido, hasta ahora, sacada a la luz que le corresponde como forma de desarrollo histórico.

-) Insistir en el desarrollo del concepto de que mientras Cavour era consciente de su misión en cuanto que era consciente críticamente de la misión de Mazzini, Mazzini, por su escasa o nula conciencia de la misión de Cavour, era en realidad también poco consciente de su propia misión, por eso sus vacilaciones (así en Milán en el periodo siguiente a las cinco jornadas y en otras ocasiones) y sus iniciativas fuera de tiempo, que por lo tanto se convertían en elementos sólo útiles a la política piemontesa. Es ésta una ejemplificación del problema teórico de cómo debía ser comprendida la dialéctica, planteado en la *Miseria de la filosofía*:² que cada miembro de la oposición dialéctica debe tratar de ser todo él mismo y lanzar a la lucha todos sus propios “recursos” políticos y morales, y que sólo así se tiene una superación real, no fue comprendido ni por Proudhon ni por Mazzini. Se dirá que no fue comprendido tampoco por Gioberti y los teóricos de la revolución pasiva y “revolución-restauración”, pero la cuestión cambia: en éstos la “incomprensión” teórica era la expresión práctica de las necesidades de la “tesis” de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse “superar”, o sea que en la oposición dialéctica sólo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución-restauración. Ciertamente, en este punto hay

que considerar la cuestión del paso de la lucha política de “guerra de maniobras” a “guerra de posiciones”, lo que en Europa sucedió después de 1848 y que no fue comprendido por Mazzini y los mazzinianos como por el contrario fue comprendido por algunos otros; el mismo paso se dio después de 1871, etcétera. La cuestión era difícil de entender entonces para hombres como Mazzini, dado que las guerras militares no habían dado el modelo, sino que incluso las doctrinas militares se desarrollaban en el sentido de la guerra de movimientos: habrá que ver si Pisacane, que fue el teórico militar del mazzinismo, haya indicado algo en este sentido. (Habrá que ver la literatura política sobre el 48 debida a estudiosos de la filosofía de la praxis; pero no parece que haya mucho que esperar en este sentido. Los acontecimientos italianos, por ejemplo, fueron examinados sólo con la guía de los libros de Bolton King, etcétera). Pisacane también merece verse porque fue el único que intentó dar al Partido de Acción un contenido no sólo formal, sino sustancial de antítesis superadora de las posiciones tradicionales. Tampoco puede decirse que para obtener estos resultados históricos fuese necesaria perentoriamente la insurrección armada popular, como pensaba Mazzini hasta la obsesión, o sea no realmente, sino como misionero religioso. La intervención popular que no fue posible en la forma concentrada y simultánea de la insurrección, no se dio tampoco en la forma “difusa” y capilar de la presión indirecta, lo que por el contrario era posible y seguramente hubiera sido la premisa indispensable de la primera forma. La forma concentrada o simultánea se había hecho imposible por la técnica militar de la época, pero sólo en parte, o sea que la imposibilidad existía en cuanto a la forma concentrada y simultánea, no se hizo preceder una preparación política ideológica de largo aliento, orgánicamente predispuesta para despertar las pasiones populares y hacer posible su concentración y el estallido simultáneo.

10 bis

Después de 1848 una crítica de los métodos anteriores a la derrota fue hecha sólo por los moderados y de hecho todo el movimiento moderado se renovó, el neogüelfismo fue liquidado, nuevos hombres ocuparon los primeros puestos de dirección. Ninguna autocritica, por el contrario, de parte del mazzinianismo o bien autocritica liquidadora, en el sentido de que muchos elementos abandonaron a Mazzini y formaron el ala izquierda del partido piemontés; el único intento “ortodoxo”, o sea desde dentro, fueron los ensayos de Pisacane, que sin embargo no llegaron nunca a ser plataforma de una nueva política orgánica y eso no obstante que Mazzini mismo reconocía que Pisacane tenía una “concepción estratégica” de la Revolución nacional italiana.³

12 § <15> *Maquiavelo*. La relación “revolución pasiva-guerra de posiciones” en el Risorgimento italiano puede ser estudiada también en otros aspectos. Importantísimo el que se puede llamar del “personal” y el otro del “reclutamiento revolucionario”. El del “personal” puede ser parangonado con lo que ocurrió en la guerra mundial en la relación entre oficiales de carrera y oficiales de complemento por una parte, y entre soldados de leva y voluntarios-*arditi* por la otra. Los oficiales de carrera correspondieron en el Risorgimento a los partidos políticos regulares, orgánicos, tradicionales, etcétera, que en el momento de la acción (1848) demostraron ser ineptos o casi y en 1848-49 fueron dominados por la oleada popular-mazziniana-democrática, oleada caótica, desordenada, “extemporánea” por así decirlo, pero que sin embargo, a las órdenes de jefes improvisados o poco menos (en todo caso no de formaciones preconstituidas como era el partido moderado) obtuvieron triunfos indudablemente mayores que los obtenidos por los moderados: la República romana y Venecia demostraron una fuerza de resistencia muy notable. En el periodo posterior a 1848 la relación entre las dos fuerzas, la regular y la “carismática”, se organizó en torno a Cavour y Garibaldi y dio el máximo resultado, si bien este resultado fue luego confiscado por Cavour.

Este aspecto está vinculado al otro, del “reclutamiento”. Hay que observar que la dificultad técnica contra la que fueron siempre a estrellarse las iniciativas mazzinianas fue precisamente la del “reclutamiento revolucionario”. Sería interesante, desde este punto de vista, estudiar el intento de invadir Saboya con Ramorino, luego el de los hermanos Bandiera, de Pisacane, etcétera, comparado con la situación que se ofreció a Mazzini en el 48 en Milán y en el 49 en Roma y que él no tuvo la capacidad de organizar. Estos intentos de pocos no podían dejar de ser aniquilados en germen, porque hubiera sido asombroso que las fuerzas reaccionarias, que estaban concentradas y podían operar libremente (es decir, que no encontraban ninguna oposición en amplios movimientos de la población) no aniquilasen las iniciativas tipo Ramorino, Pisacane, Bandiera, aunque éstas hubiesen sido mejor preparadas de lo que lo fueron en realidad. En el segundo periodo (1859-60) el reclutamiento revolucionario, como el de los Mil de Garibaldi, fue hecho posible por el hecho de que Garibaldi, primero, se apoyaba en las fuerzas estatales piemontesas y, luego, que la flota inglesa protegió de hecho el desembarco de Marsala, la toma de Palermo, y anuló la flota borbónica. En Milán l después de las cinco jornadas, en la Roma republicana, Mazzini hubiera tenido la posibilidad de construir plazas de armas para reclutamientos orgánicos, pero no se propuso hacerlo, y de ahí su conflicto con Garibaldi en Roma y su inutilización en Milán frente a Cattaneo y el grupo democrático milanés.

De todos modos el desarrollo del proceso del Risorgimento, si bien sacó a la luz la enorme importancia del movimiento "demagógico" de masas, con jefes de fortuna, improvisados, etcétera, en realidad fue expresado por las fuerzas tradicionales orgánicas, o sea por los partidos formados desde hace mucho tiempo antes, con elaboración racional de los jefes, etcétera. En todos los acontecimientos políticos del mismo tipo siempre se tuvo el mismo resultado (así en 1830, en Francia, el predominio de los orleanistas sobre las fuerzas populares radicales democráticas, y así también en el fondo en la Revolución Francesa de 1789, en la que Napoleón representa, en último análisis, el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas contra las fuerzas pequeñoburguesas jacobinas). Así en la guerra mundial el predominio de los viejos oficiales de carrera sobre los de complemento, etcétera (sobre este tema cfr. notas en otros cuadernos).¹ En todo caso, la ausencia en las fuerzas radicales populares de una conciencia de la misión de la otra parte les impidió tener plena conciencia de su propia misión y por lo tanto pesar en el equilibrio final de fuerzas, en relación a su peso efectivo de intervención, y por consiguiente les impidió determinar un resultado más avanzado, según una línea de mayor progreso y modernismo.

QP 15 § <17 >

§ <17> *Maquiavelo*. El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política. 1] que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2] que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera.¹

Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo. Así, deben ser referidos a la descripción de los tres momentos fundamentales en que puede distinguirse una "situación" o un equilibrio de fuerzas, con el máximo de valorización del segundo momento, o equilibrio de las fuerzas políticas y especialmente del tercer momento o equilibrio político-militar. Se puede observar que Pisacane, en sus *Ensayos*, se preocupa precisamente de este tercer momento: él comprende, a diferencia de Mazzini, toda la importancia que tiene la presencia en Italia de un aguerrido ejército austriaco, siempre dispuesto a intervenir en cualquier parte de la península, y que además tiene tras de sí toda la potencia militar del Imperio de los Habsburgo, o sea una matriz siempre dispuesta a formar nuevos ejércitos de refuerzo.

Otro elemento histórico a recordar es el desarrollo del cristianismo en el seno del Imperio Romano, así como el fenómeno actual del gandhismo en la India y la teoría de la no resistencia al mal de Tolstoi que tanto se aproximan a la primera fase del cristianismo (antes del edicto de Milán). El gandhismo y el tolstoísmo son teorizaciones ingenuas y de tinte religioso de la "revolución pasiva". Deben recordarse también algunos movimientos de los llamados "liquidacionistas" y las reacciones que suscitaron, en relación a las épocas y a las formas determinadas de situaciones (especialmente del tercer momento).

El punto de partida del estudio será el tratado de Vincenzo Cuoco, pero es evidente que la expresión de Cuoco a propósito de la Revolución

^{13 bis} Napolitana de 1799 no es más que un comienzo, porque el concepto ha sido completamente modificado y enriquecido.

QP 15 § <25 >

§ <25> *Maquiavelo*. Siempre a propósito del concepto de revolución pasiva o revolución-restauración en el Risorgimento italiano, hay que señalar que se debe plantear con exactitud el problema que en algunas tendencias historiográficas es provocado por las relaciones entre condiciones objetivas y condiciones subjetivas del suceso histórico. Parece evidente que nunca pueden faltar las llamadas condiciones subjetivas cuando existen las condiciones objetivas en cuanto que se trata de simple distinción de carácter didáctico: por lo tanto es en la medida de las fuerzas subjetivas y de su intensidad sobre lo que puede versar la discusión, y por lo tanto sobre la relación dialéctica entre las fuerzas subjetivas en contraste. Hay que evitar que la cuestión sea planteada en términos “intelectualistas” y no histórico-políticos. Que la “claridad” intelectual de los términos de la lucha sea indispensable, es evidente, pero esta claridad es un valor político en cuanto se vuelve pasión difusa y es la premisa de una fuerte voluntad. En los últimos tiempos, en muchas publicaciones sobre el Risorgimento, se ha “revelado” que existían personalidades que veían claro etcétera (recordar la valoración de Ornato hecha por Piero Gobetti),¹ pero estas “revelaciones” se destruyen por sí solas precisamente porque son revelaciones; demuestran que se trataba de elucubraciones individuales, que hoy representan una forma de “clarividencia”. De hecho nunca se cimentaron en la realidad

16 bis

efectiva, nunca se convirtieron en conciencia popular-nacional difusa y operante. Entre el Partido de Acción y el Partido Moderado, ¿cuál de ellos representó a las efectivas “fuerzas subjetivas” del Risorgimento? Ciertamente el Partido Moderado, y precisamente porque tuvo conciencia también de la misión del Partido de Acción: por esta conciencia la “subjetividad” era de una calidad superior y más decisiva. En la expresión, aunque sea de sargento mayor, de Vittorio Emanuele II: “Al Partido de Acción lo tenemos en el bolsillo”,² hay más sentido histórico-político que en todo Mazzini.

QP 15 § <55 >

§ <55> *Pasado y presente*. Una de las manifestaciones más típicas del pensamiento sectario (pensamiento sectario es aquél por el que no se logra ver cómo el partido político no es sólo la organización técnica del partido mismo, sino todo el bloque social activo del cual el partido es la guía porque es la expresión necesaria) es aquella por la que se considera poder hacer siempre ciertas cosas aun cuando la “situación político-militar” ha-

ya cambiado. Fulano lanza un grito y todos aplauden y se entusiasman; al día siguiente, la misma gente que aplaudió y se entusiasmó al oír lanzar aquel grito, finge no oír, se aleja, etcétera; al tercer día la misma gente reprende a Fulano, le insulta e incluso le golpea y lo denuncia. Fulano no entiende nada; pero Mengano que ha mandado a Fulano, reprende a Fulano por no haber gritado bien, o por ser un miserable y un incapaz etcétera. Mengano está convencido de que aquel grito, elaborado por su excelentísima capacidad teórica, debe siempre entusiasmar y arrastrar, porque en su camarilla los presentes siguen fingiendo que se entusiasman etcétera. Sería interesante describir el estado de ánimo de estupor e [incluso] de indignación del primer francés que vio rebelarse al pueblo siciliano de las Vísperas.

QP 15 § <59>

§ <59> *Risorgimento italiano*. <I>. La función del Piamonte en el Risorgimento italiano es la de una "clase dirigente". En realidad no se trata del hecho de que en todo el territorio de la península existiesen núcleos de clase dirigente homogénea cuya irresistible tendencia a unificarse determinó la formación del nuevo Estado nacional italiano. Estos núcleos existían, indudablemente, pero su tendencia a unirse era muy problemática, y lo que más cuenta, ellos, cada uno en su ámbito, no eran "dirigentes". El dirigente presupone al "dirigido", ¿y quién era dirigido por estos núcleos? Estos núcleos no querían "dirigir" a nadie, o sea no querían poner de acuerdo sus intereses y aspiraciones con los intereses y aspiraciones de otros grupos. Querían "dominar", no "dirigir", y aún más: querían que dominasen sus intereses, no sus personas, o sea querían que una fuerza nueva, independiente de todo compromiso y condición, se convirtiese en árbitro de la Nación: esta fuerza fue el Piamonte y de ahí la función de la monarquía. El Piamonte tuvo por lo tanto una función que puede ser comparada, en ciertos aspectos, con la del partido, o sea del personal dirigente de un grupo social (y de hecho siempre se habló de "partido piamontés"); con la determinación de que se trataba de un Estado, con un ejército, una diplomacia, etcétera.

Este hecho es de la máxima importancia para el concepto de "revolución pasiva": que no es que un grupo social sea el dirigente de otros grupos, sino que un Estado, aunque limitado como potencia, sea el "dirigente" del grupo que debería ser dirigente y pueda poner a disposición de éste un ejército y una fuerza político-diplomática. Es posible referirse a lo que se llamó la función del "Piamonte" en el lenguaje político-histórico internacional. Servia antes de la guerra venía a ser el "Piamonte" de los Balcanes. (Por lo demás Francia, después de 1789 y durante muchos años, hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón fue, en este sentido, el Piamonte de Europa.) El que Servia no lograra éxito como lo logró el Piamonte se debe al hecho de que en la posguerra hubo un despertar político de los campesinos tal como no había existido desde 1848. Si se estudia de cerca lo que sucedió en el reino yugoslavo, se ve que en él las fuerzas

“servistas” o favorables a la hegemonía servia, son las fuerzas contrarias a la reforma agraria. Encontramos un bloque rural-intelectual antiservio, y las fuerzas conservadoras partidarias de Servia tanto en Croacia como en las otras regiones no servias.¹ Tampoco en este caso existen núcleos locales “dirigentes”, sino dirigidos por la fuerza servia, mientras que las fuerzas subversivas no tienen, como función social, gran importancia. Para quien observa superficialmente las cosas servias, habría que preguntar qué habría sucedido si el supuesto bandidaje que se dio en el napolitano y en Sicilia desde el 60 hasta el 70 se hubiese dado después de 1919. Indudablemente el fenómeno es el mismo, pero el peso social y la experiencia política de las masas campesinas eran muy distintos después de 1919, de lo que eran después de 1848.

Lo importante es profundizar el significado que tiene una función tipo “Piamonte” en las revoluciones pasivas, o sea el hecho de que un Estado sustituye a los grupos sociales locales para dirigir una lucha de renovación. Es uno de los casos en que se da la función de “dominio” y no de “dirección” en estos grupos: dictadura sin hegemonía. La hegemonía será de una parte del grupo social sobre todo el grupo, no de éste sobre otras fuerzas para potenciar el movimiento, radicalizarlo etcétera, según el modelo “jacobino”.

II. Estudios orientados a captar las analogías entre el periodo siguiente a la caída de Napoleón y el siguiente a la guerra del 14-18.² Las analogías son vistas sólo desde dos puntos de vista: la división territorial y aquella, más vistosa y superficial, del intento de dar una organización jurídica estable a las relaciones internacionales (Santa Alianza y Sociedad de Naciones). Parece por el contrario que el rasgo más importante que debe estudiarse es el que se ha llamado de la “revolución pasiva”, problema que no resalta llamativamente porque falta un paralelismo exterior a la Francia del 1789-1815. Y sin embargo todos reconocen que la guerra del 14-18 representa una fractura histórica, en el sentido de que toda una serie de cuestiones que molecularmente se acumulaban antes de 1914 se han “amontonado”, modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que ha asumido el fenómeno sindical, término general en el que se suman diversos problemas y procesos de desarrollo de distinta importancia y significado (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo etcétera), pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso ya no desdeñable, etcétera, etcétera.

QP 15 § <62>

§ <62> *Pasado y presente. Epílogo primero.* El tema de la “revolución pasiva” como interpretación de la época del Risorgimento y de toda época compleja de cambios históricos. Utilidad y peligros de tal tema. Peligros de derrotismo histórico, o sea de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo etcétera; pero la concepción sigue siendo dialéctica, o sea que presupone, incluso postula como necesaria, una antítesis vigorosa y que presente todas sus posibilidades de explicación intransigentemente. Por lo tanto no teoría de la “revolución pasiva” como programa, como fue en los liberales italianos del Risorgimento, sino como criterio de interpretación en ausencia de otros elementos activos en forma dominante. (Por lo tanto, lucha contra el morfinismo político que emana de Croce y su historicismo.) (Parece que la teoría de la revolución pasiva es un necesario corolario crítico de la *Introducción a la crítica de la economía política*.)¹ Revisión de algunos conceptos sectarios sobre la teoría de los partidos, que precisamente representan una forma de fatalismo del tipo “derecho divino”. Elaboración de los conceptos de partido de masas y del pequeño partido de élite y mediación entre los dos. (Mediación teórica y práctica: teóricamente ¿puede existir un grupo, relativamente pequeño, pero siempre notable, por ejemplo de algunos miles de personas, homogéneo social e ideológicamente, sin que su misma existencia demuestre una vasta condición de cosas y de estados de ánimo correspondientes, que no pueden expresarse sólo por causas mecánicas extrañas y por lo mismo transitorias?)